

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS  
EN ESTA COLECCION

- 66. No se dice adiós, sino hasta luego.
- 78. Una bomba llamada Abelardo.
- 104. Veneno para mi marido.
- 178. Mónica.
- 192. Cuarenta y ocho horas de felicidad.
- 196. El cielo dentro de casa.
- 208. Juicio contra un sinvergüenza.
- 237. Hay alguien detrás de la puerta.
- 247. Cena de matrimonios.
- 251. Cuidado con las personas formales.
- 258. No hay novedad, doña Adela.
- 268. Cosas de papá y mamá.
- 274. El canto de la cigarra.
- 281. Las niñas terribles.
- 283. La boda de la chica.
- 290. (Extra) Receta para un crimen y Preguntan por Julio César.
- 294. Cuatro y Ernesto.

USTED PUEDE  
SER UN ASESINO

OBRA EN DOS ACTOS, EL SEGUNDO DIVIDIDO EN  
DOS CUADROS, ORIGINAL DE

ALFONSO PASO

EDICIONES  
**ALFIL**  
PREMIO NACIONAL DE TEATRO

COLECCION  
TEATRO

PD

6629

A79

US

1969

© 1961, by ED. ESCELICER, S. A.-Héroes del Diez de Agosto, 6.-Madrid. — Reservados todos los derechos. — Los representantes de la Sociedad General de Autores de España son los únicos encargados de autorizar la representación o adaptación de esta obra.

Depósito Legal: MA-263/1961. N.º de Registro: M-4120-61

ARTES GRÁFICAS ALCALÁ, S. A. — MATADERO VIEJO, 2. — MÁLAGA

Esta obra se estrenó en el Teatro de la Comedia de Madrid, el 27 de mayo de 1958.

REPARTO

|                          |                   |
|--------------------------|-------------------|
| SIMÓN ALDEBERT .....     | Ismael Merlo      |
| HENRI LOUETTE .....      | Ricardo Alpuente  |
| MARGARITA .....          | Diana Maggi       |
| BRIGETTE .....           | Carmen Merlo      |
| NOÉMÍ .....              | Encarnita Paso    |
| DUPONT .....             | Eduardo Martínez  |
| JULIO .....              | José Canalejas    |
| INSPECTOR CERVELLE ..... | José García Novál |
| ANDRÉ .....              | Antonio Burges    |

*Acción:* En casa de Simón Aldebert, situada en una im-  
portante capital francesa, cercana a un centro de  
veraneo.

*Época:* Actual. Un verano.

*Lados:* Los del actor.

MDCG

1304367

11/08/12 07/04



## AUTOCRITICA

Dice Georges Simenon que "en determinadas circunstancias, lo verdaderamente difícil no es asesinar (para él todos los crímenes tienen algo de burdo y estigioso), sino demostrar que no se ha cometido el asesinato". Esto último puede requerir, de algún modo, la inteligencia y la habilidad del acusado. En efecto: a veces la vida, si no en trance de ser inculpados por asesinato, nos coloca frente a situaciones en las que es mucho más difícil demostrar la absoluta inocencia que hubiera sido haberlas realizado. Todo ello puede resultar, en ocasiones, francamente cómico. Así he deseado que suceda en "Usted puede ser un asesino". ¿Quiere esto decir que "Usted puede ser un asesino" es una comedia policiaca-tomada a broma? Yo diría que es, mejor, una "comedia de humor" policiaca, ya que, al margen de sus incidencias cómicas, ni modesta pieza no tiene, la verdad, ninguna pretensión de parodia. Terror del más auténtico, solo que a veces, en mi opinión, lo terrorífico y lo macabro pueden ser objeto de risa y producirla sin algún otro propósito—insisto—de sátira o parodia. La intriga policiaca de la obra puede ser, hasta cierto punto, ortodoxa. Y hay en ella criminal, sospechosos, policía y víctima. Si todos ellos—a excepción de la víctima, naturalmente—, les hacen reír mucho, yo me daré por satisfecho "Usted puede ser un asesino", con más de trescientas representaciones por las provincias españolas, me ha producido muchas alegrías, quizá porque la escribí sin pensar en la función social, la generación nueva, la responsabilidad humana, etc., etc. La escribí, simplemente, pasando un buen rato y esto—sin duda—ha de verse reflejado en la obra.

ALFONSO PASO

## ACTO PRIMERO

Un salón en el departamento que Simón Aldebert y su esposa ocupan en la capital. Se trata de una amplia habitación, decorada y amueblada al estilo más moderno, con evidente buen gusto y con cierto lujo. A izquierda y derecha, puertas. En el foro, de frente al espectador, un poco hacia la izquierda, la puerta de acceso a la vivienda. En su centro, una mirilla microscópica. El resto del foro lo ocupa un gran ventanal corrido, practicable, de unos dos metros—de umbral a dintel—traspasando el cual salimos a una terracita, desde donde podemos divisar el panorama urbano. La terracita se corta oblicuamente y un enrejado de madera la separa de una terracita gemela: la del piso vecino. Entre el fondo y la puerta de la izquierda, una puerta que cierra la entrada al ropero. Abre—como es usual—hacia afuera, hacia escena, y en un arco que va desde el lateral a un segundo término, paralelo a la batería. El umbral queda treinta centímetros por encima del suelo. Una vez abierta la puerta, presenta su paño interior al foro y, por tanto, sirve como de plomo y oculta lo que haya o pueda suceder tras ella o en el interior del ropero. Un sofá. Mesita para bebidas a su costado. Teléfono. Radiogramola. En la terracita, un sillón de hierro forjado, pintado con esmalte blanco, y una mesita. Cortinas en el ventanal. Son las diez de una noche de verano, densa y calurosa. En segundo término, hacia la izquierda, cerca del ropero, hay un baúl tipo Hartman, de pie, cerrado.

(Al levantarse el telón, la escena desierta. Suena un clarón. Aparece por la derecha Simón. 35 años, buen tipo, aire simpático. Corre al ventanal.)



SIMÓN.—¡Sí! (*Grita hacia abajo.*) En seguida bajan. ¡Un momento! (*Hacia la derecha.*) ¡Margarita, cariño! Ya está ahí el taxi. ¡Anda, mi vida, que váis a perder el tren!

(*Por la derecha entra ENRIQUE. Más joven que SIMÓN. No mucho; tímido, triste y medroso. Si se nos pudiera una frase rotunda para describirlo, tal vez dijéramos que "ENRIQUE parece no haber roto un plato". En efecto, si ENRIQUE ha roto un plato en su vida, debió pegarlo, porque nosotros no nos hemos enterado. Sale cargado de maletas hasta la "línea de flotación".*)

ENRIQUE.—¡Los últimos detalles!

SIMÓN.—Y todo lo que han mandado por delante.

ENRIQUE.—Eso sí. El hotelito este año estará muy comfortable.

SIMÓN.—¡Nena, cariño! ¡Por la Virgen, que no cogéis el tren!

ENRIQUE.—Si mi mujer está cruzada de brazos, esperando a la tuya.

SIMÓN.—Tú ves... pues se le olvidará algo. Siempre se le olvida algo.

ENRIQUE.—Bueno, después de todo, el sábado vamos nosotros. (*Nuevamente el clarón. SIMÓN va al ventanal.*) ¡El taxista! Tendrá que ir a cenar.

(*SIMÓN escucha algo y luego responde.*)

SIMÓN.—En seguida bajan.

ENRIQUE.—A cenar, ¿no?

SIMÓN.—A ver a un amigo. Oye, deja eso en el montacargas y que lo vaya metiendo el portero en el taxi.

(*ENRIQUE sale por el foro con las maletas. De nuevo, SIMÓN a la terracita. Y una muchacha que saca un tiesto a la de al lado.*)

NOÉMÍ.—(*En la terracita-contigua.*) Buenas noches.

SIMÓN.—¡Buenas noches. Noémí! (*La muchachita desaparece.*) ¡Gerard! ¡Gerard! Bajan las maletas en el montacargas. Metalas. Gracias... ¿Eh? Sí. Recibí el paquete... Un poco cortas. Pienso trabajar en el jardín del hotelito. Gracias. Hubiera necesitado unas palas normales de medida. Pero esas valen. Gracias. (*A escena otra vez.*) ¡Margarita, cielo! Que tengas veinte minutos nada más.

(*MARGARITA aparece ahora por la derecha. Es una mujer bonita, incluso muy bonita. Pero un tanto atrabiliaria, despietada y pintoresca. Lleva gafas. Unas preciosas gafas de gruesa armadura oscura. Y un extraño sombrero. Sale cargada de paquetes y seguida de BRIGETTE, la esposa de ENRIQUE. Más normal y sentada que MARGARITA. Y, sobre todo, mucho menos habladora. La verdad: MARGARITA es un auténtico granofono. No para, no detiene la lengua ni para que le saquen una muela.*)

MARGARITA.—Sí, sí. Ya estoy aquí. ¿Lo ves? Ya estoy.

Sobra tiempo, como siempre. ¡Brigette!

BRIGETTE.—¿Qué?

MARGARITA.—¿Llevamos las almohadas?

BRIGETTE.—Sí.

MARGARITA.—¿Los platos? ¿Los vasos?

BRIGETTE.—Los de plexiglás.

MARGARITA.—¡Los de plexiglás, los de plexiglás! La cristalería fina la tengo en el ropero. Después de todo, no vamos a necesitar copas de champagne en Chateau-Blanch. (*De pronto.*) ¡Ay, Simón! Tengo que darte una sorpresa y no sé de qué se trata. Mejor. Así será una sorpresa también para mí.

SIMÓN.—Pongo en tu conocimiento que te quedan sólo diez y ocho minutos.

MARGARITA.—¡Uf! ¡Qué burrada! ¡A esperar tocán! ¡El bicarbonato! ¡A que se me olvida el bicarbonato!

SIMÓN.—¡Eh! Oye, el bicarbonato quien lo toma soy yo.



MARGARITA.—También es verdad. Aunque se me olvide, no importa. ¿El parchís?

BRIGETTE.—Va en las maletas.

MARGARITA.—¡Eso es! Las maletas. Se me olvidan las maletas.

SIMÓN.—Las ha bajado el marido de ésta en el montacargas.

MARGARITA.—Si necesito bicarbonato lo compro en Avignon al pasar. En Avignon hay una barbaridad de bicarbonato.

BRIGETTE.—Y en Perpignan.

SIMÓN.—Y en Berlín.

MARGARITA.—¡Claro! ¡Claro! ¡Dios mío, qué puede ser esa sorpresa! *(De pronto.)* ¡El baúl! Lo mandas mañana en el autobús. Que no le den más que los siete porrazos de costumbre. Sin extraordinarios.

SIMÓN.—Descuida.

MARGARITA.—Cuidate el estómago. A ver lo que coméis por esos mundos de Dios. Que en los restaurantes guisan todo lo contrario que yo —o sea, bien— y os fastidian. Leche en cuanto te duela el ploro. Es el ploro lo que te duele, ¿no?

SIMÓN.—*(Resignado.)* ¡El ploro!

*(ENRIQUE aparece en el foro.)*

MARGARITA.—¡Enrique... tú por aquí!

ENRIQUE.—Sí. Llevo cinco horas en la casa.

MARGARITA.—Muy bien. ¿Mis gafas? ¿Las llevo pues-tas?

BRIGETTE.—Sí, Margarita.

MARGARITA.—Un beso. Que seáis buenos. Que os portéis bien. Conducta moral. Nada de películas subidas de tono ni de leer novelas buenas. Y ni una sola infidelidad veraniega, porque la armo. Ya me conoces.

SIMÓN.—Está bien. Anda ya.

MARGARITA.—¡Ah! Luisa me telefonó antes preguntándome dónde os habíais hecho los dos el seguro de

vida. Quería que su marido se hiciese uno igual, porque eso de que se muera el marido y le den a una cinco millones de francos, es un detalle. Así que la llamas y...

SIMÓN.—Cogí yo el recado, encanto.

MARGARITA.—¡Ah, fuiste tú! ¡Estupendo! *(El clarón de nuevo.)* ¿Quién toca la trompeta?

SIMÓN.—Es el taxista, mi vida.

MARGARITA.—¡Qué grosería! ¡Un instante! ¡El bolso! ¿Todo en orden? *(Abre el bolso.)* Polvos, un papelito con unas señas... *(Va sacando los objetos que detalla en el diálogo.)* Un teléfono, de no sé quién. Un peso. Seseñta kilos. De otra, por supuesto. Un pañuelo sucio, otro pañuelo limpio, una cuerdecita. La novena a San Raimundo. Una aspirina. Unas pinzas. Un sello. Más papelitos. ¡La llaves! ¡Ah, las llaves! La del portal te la dejo en la herradura. *(Se refiere a una herradura compuesta sobre una greca en hierro forjado, de la que cuelga una llave y está colocada sobre la puerta del foro, encima de la mitilla.)* Todo en orden. *(Y barre los objetos que había dejado encima de la mesita dentro del bolso, como el que recoge migas de un mantel.)* Menos el dinero. No tengo dinero.

SIMÓN.—Ten.

*(Le da unos billetes.)*

MARGARITA.—No pongas esa cara, hombre, que pasado mañana te nombran hermano mayor del sitio ese en que trabajas. *(Transición.)* ¿Es hermano mayor?

SIMÓN.—Director-Gerente.

MARGARITA.—Que viene a ser hermano mayor. Otro beso.

BRIGETTE.—*(A Enrique, besándolo.)* Derechito, ¿eh?

ENRIQUE.—Como siempre, mujer.

MARGARITA.—Hasta el sábado, mi vida. Adiós, adiós, adiós, Enrique.

ENRIQUE.—Hasta el sábado.



(Claxon de nuevo.)

MARGARITA.—¡Voy, voy! ¡El baúl! ¡No te olvides!

¡Adiós! (Mutis de las dos mujeres por el foro. Cierra Simón. Suena el timbre de la puerta. Abre Simón.

MARGARITA en el umbral.) ¡Ya sé cual era la sorpresa! ¡El sombrero! ¿Te gusta? ¡Es una maravilla! Realmente no parece un sombrero. Es una mezcla deliciosa entre tarta de moka y cojín árabe. ¡Senta/mi francos!

SIMÓN.—¡Magnífico!

BRIGETTE.—(Desde dentro.) ¡Margarita!

MARGARITA.—Adiós, cariño. ¡Cuidate! ¡Voy, voy!

(Y sale disparada por el foro. Simón cierra la puerta.)

SIMÓN.—¿Cómo has conseguido que tu mujer no hable?

ENRIQUE.—No. Si es que no la deja la tuya. Cuando está sola, no hay quien la pare.

SIMÓN.—Es un prodigio de locuacidad.

ENRIQUE.—Acuérdate que al agente que vino a hacernos el seguro de vida, le habló media hora seguida. Y terminó haciéndose el un seguro también.

SIMÓN.—De soltera, tenía un primo que vivía con ella y con los padres que, por cierto, se ha ido a donde se van todos los españoles.

ENRIQUE.—A Venezuela.

SIMÓN.—Eso. Bueno, pues se compró un loro y lo echó a discutir con Margarita.

ENRIQUE.—Se murió, claro.

SIMÓN.—No. Pero se puso muy triste y se pasaba todo el tiempo diciendo: «Esto no se hace con un pájaro... esto no se hace con un pájaro... (Se han asomado los dos a la terracita. Saludan hacia la calle.) ¡Abri-gate bien. Margarita! ¡Por Dios!

ENRIQUE.—Que en el campo hace siempre frío.

SIMÓN.—No te vayas a enfriar, cariño.

ENRIQUE.—¡Cuidado con el agua! ¡Hervirla!  
SIMÓN.—El sábado vamos, tonta. ¡No lores!

(Le tira un beso.)

ENRIQUE.—¡Hasta el sábado, cielo!

Los dos.—¡Adiós! ¡Adiós!

(Escuchamos un motor de coche que va haciéndose cada vez más débil. SIMÓN y ENRIQUE siguen saludando. Luego retornan a escena en silencio. SIMÓN toma el teléfono y marca un número.)

SIMÓN.—(Al aparato.) ¿Lulú? De cimoncito. (Terrido.)

¡Hola, chara! Sí. Se acaba de marchar al campó y con la mujer de ese amigo de quien te hablé. Os esperamos. A tí y a la Princesa. (Definitivo.) Oye, Lulú. Dijiste que tenías una amiga para mi amigo. No, no. Sin amiga no hay nada que hacer. ¿Quién? Aguarda. (A ENRIQUE.) Que si en vez de la Princesa te da igual la «Allons enfants».

ENRIQUE.—¿Morena?

SIMÓN.—(Al aparato.) Oye... ¿La «Allons enfants» es morena? Tiene que ser morena. Es que la mujer de mi amigo es rubia y si le traes otra rubia, le va a parecer que no engaña a nadie. (A ENRIQUE.) ¿Vale castaña? (Asiente ENRIQUE.) Oye, Lulú. Que sí, que castaña... ¿Eh? ¿Estás sola? Me parecía oír una voz de hombre. ¡Ah, tu madre! Bueno. Os aguardamos. Te dejó la llave debajo del felpudo. Así no necesitas llamar. Quanto menos os oigan, mejor. Tráete la guitarra, que hoy me voy a soltar el pelo. Rock and-roll a la guitarra, sí, señora. Recoge a esa y vente pronto. Si nos aburrimos, terminaremos la cosa en Casa Roma. Claro que en los reservados. ¿Qué querías? ¿En la terraza? (Cuelga.) Dentro de un rato están aquí. ¿Qué te pasa?

ENRIQUE.—No saldrá, Simón. Ya verás como no sale.

SIMÓN.—¡Qué tontería!



ENRIQUE.—Son tres veranos ya. Tres veranos intentando hacer el pillín solitario fuera cómo fuese. Y no había modo.

SIMÓN.—Porque enfocas mal los asuntos.

ENRIQUE.—No es cuestión de enfoque, Simón. Es cuestión de suerte. Y el Destino ha dispuesto que yo no engañe a Brigette por mucho que me lo proponga, y no la engaño.

SIMÓN.—¡Tonterías!

ENRIQUE.—Acuérdate de la platino del verano pasado.

SIMÓN.—Bien que saliste con ella.

ENRIQUE.—Y cuando, por fin, la tenía convencida, le da un ataque de apendicitis.

SIMÓN.—Bueno, pues la del verano antepasado.

ENRIQUE.—Claudette.

SIMÓN.—Sí.

ENRIQUE.—Con esa fué peor.

SIMÓN.—¿También le dió apendicitis?

ENRIQUE.—A ella, no. Me dió a mí. Quince días de sanatorio. Doce mil pesetas. Y Brigette pegada a la cama.

SIMÓN.—Bueno, bueno.

ENRIQUE.—Desengañate. A mí en verano, lo único que se me da bien son las novelas policíacas. (Simón *ha abierto el ropero. Saca de dentro una mesita más grande, que viene a sustituir la mesita situada frente al sofá.*) Sobre todo esas en que matan al conde. En cuanto veo que han matado al conde, ya sé que el asesino es el chico inocente.

SIMÓN.—No presumas. Todos sabemos que te lees el final antes de empezar.

ENRIQUE.—También es verdad. Pero me resulta mejor, porque así ya me las leo sobre seguro.

SIMÓN.—Dame un mantel.

ENRIQUE.—¿De dónde?

SIMÓN.—En el ropero. Voy a calzar esta mesa. (Se *inclina, en efecto, a realizar tal operación.* ENRIQUE *penetra en el ropero. Un quejido.*) La percha, ¿verdad?

ENRIQUE.—Sí, guapo. Podías poner un cartelito.

(Sale *protándose la frente.*)

SIMÓN.—El otro día por poco no se queda en el sitio.

ENRIQUE.—¿Tu mujer?

SIMÓN.—Sí. Dame ese mantel de una vez.

ENRIQUE.—¿Tú crees que se habrán marchado?

SIMÓN.—¿Quién?

ENRIQUE.—Margarita y Brigette.

(Simón *se pasa una mano por la frente.*)

SIMÓN.—Escucha, Enrique...

ENRIQUE.—A lo mejor pierden el tren.

SIMÓN.—¡Enrique! De una vez. Voy a divertirme esta noche, cuéste lo que cueste.

ENRIQUE.—Pero...

SIMÓN.—Si al abrazar a la castaña le da perforación intestinal, te la llevas a una clínica y yo sigo aquí, divirtiéndome.

ENRIQUE.—Si yo...

SIMÓN.—He trabajado todo el año como un negro. Dentro de unas horas me nombran Director-Gerente de Autos Lilliput, S. A. y empezaré a trabajar menos. (Enrique *va a hablar y Simón le corta.*) ¡Pero tendré más responsabilidad! La Lillú, se va pasado mañana a Cannes. Tengo deecho a echar una cana al aire.

ENRIQUE.—Desde luego.

SIMÓN.—Margarita y Brigette están ya camino del hotelito. No sospechan nada. Se han llevado el punto. Soy libre, feliz, alto, acabo de cumplir treinta y cinco años y encuentro un taxi nada más salir a la calle. ¿Entendido? ¡Soy un tío grande!

ENRIQUE.—Sí, Simón.

(Todo lo anterior lo ha dicho Simón *francamente exaltado, cogiendo a Enrique por las solapas y zarandandolo suavemente.*)

SIMÓN.—No dejaré que me estropees la noche.



ENRIQUE.—No, Simón.

SIMÓN.—Va a ser sonada. ¿Conoces Casa Roma?

ENRIQUE.—Está por las afueras, ¿no?

SIMÓN.—Sí. ¡Qué ambiente! ¡Qué discreción! ¡Y qué reservados, chico! En cuanto nos aburríamos aquí, seguimos allí el jolgorio. René, el camarero, es mío amigo mío. Y a Lulú la metes en Casa Roma y le suena la guitarra a néctar.

ENRIQUE.—¿Seguro que nos divertiremos?

SIMÓN.—Abrigo esperanzas.

ENRIQUE.—El hombre no tiene solución. De joven abriga esperanzas y de viejo abriga viceciples.

SIMÓN.—(Dándose una palmada en la frente.) ¡La tortilla de patatas!

ENRIQUE.—¿Qué?

SIMÓN.—Se me ha olvidado la tortilla de patatas.

ENRIQUE.—No tengo apetito, gracias.

SIMÓN.—Si es para la Lulú.

ENRIQUE.—¿Qué bárbaro! ¿Toma tortilla de patatas a esta hora?

SIMÓN.—Sí, señor. La pone romántica. Una buena tortilla de patatas y haces lo que quieras de ella.

ENRIQUE.—No me digas.

SIMÓN.—Según parece, en la primera calda hubo una pierna de cordero por medio.

ENRIQUE.—Siempre he pensado que las mujeres van al cine con los hombres, por las patatas fritas.

SIMÓN.—¡Ah... la llave!

(Muestra un llavín. Acude al foro. Abre la puerta de par en par e introduce debajo del felpudo el llavín. Toma al tiempo una botella de leche que hay en el descansillo.)

ENRIQUE.—Buen momento de dejar la leche.

SIMÓN.—Pues no somos los únicos. Casi todos los vecinos la encargan. En verano se corta fácilmente. Es preferible que te dejen un litro por la mañana y otro por la noche.

ENRIQUE.—Además la leche se bebe como agua.

SIMÓN.—¡Y con mi estómago! (Deja la botella sobre la mesita de las bebidas.) ¿Algo más?... ¡Música!

ENRIQUE.—«Noche y día».

SIMÓN.—Un pericón. Le gusta.

ENRIQUE.—Sabés que la Lulú es Ingrid Bergman.

SIMÓN.—Supongo que a una mujer, en una noche como esta, no le vas a pedir que te explique la guerra de los Treinta Años.

ENRIQUE.—¿Se limpia con servilleta o con manga?

SIMÓN.—Ya está bien, ¿no? Busca tú otras.

ENRIQUE.—No, hijo, no. Me da un homenaje el Hospital Provincial.

(Simón ha estado disponiendo los discos en el pick-up.)

SIMÓN.—(Por los discos.) «Ramona». Vals. «Viaja conmigo a Tahití». Ulaula. «Oh, querida, esta noche hay plenilunio y me siento solo». Fox. «¿Es que no vas a venir querido, a tomar whisky con soda?» Rock-and-roll. Mira, aquí hay una marcha que le puede gustar a la Lulú. «We have alone to smoking with reading please».

ENRIQUE.—El título promete mucho.

SIMÓN.—Empezaremos con «Ramona», seguiremos con la marcha y después irá el pericón. Para rematar, yo cantando por lo bajini a la guitarra.

ENRIQUE.—¿Para rematar a quién?

SIMÓN.—La sesión. Rock-and-roll a todo meter. Mi especialidad. ¡Alegra esa cara, hombre!

ENRIQUE.—No te molestes; pero yo, por si las moscas, me ha traído «El asesinato de Rogelio Akroyd». (Lee muestra una novela. La toma Simón.) Está muy bien. El asesino es un médico. Me la voy a leer.

SIMÓN.—(Hojeándola.) Doctor Seppard.

ENRIQUE.—Sí.

SIMÓN.—Ambiente misterioso, un dictáfono, dagas venecianas...



ENRIQUE.—Supongo. Si no meten dos o tres camelos de esos... Un médico asesinando así a las claras.

SIMÓN.—No tan camelo.

ENRIQUE.—¿Eh?

(SIMÓN se ha sentado.)

SIMÓN.—Si lo miras bien, cualquier ambiente puede ser misterioso y cualquier hombre un asesino.

ENRIQUE.—Oye...

SIMÓN.—¡Cualquiera!

ENRIQUE.—Yo, no.

SIMÓN.—Tú, el primero.

ENRIQUE.—Pero...

SIMÓN.—Y aunque no lo fueras, bastaría con que todo se conjurase para hacerlo creer así. Estamos bailando en la cuerda floja del asesinato. Un hombre te da la mano. Tú le dices: «Venга aquí. En el arroyo nos puede pillar un coché». Lo traes a la acera. Resbala. Se da un golpe. Muerto.

ENRIQUE.—Accidente.

SIMÓN.—Era tu amigo. Su mujer, tu amante. Quedásteis citados para tomar una decisión. Le hiciste caer.

ENRIQUE.—¡Resbaló!

SIMÓN.—¿Quién lo prueba?

ENRIQUE.—Una castañera que había en la esquina.

SIMÓN.—Verano.

ENRIQUE.—(Sudando.) Pasaba una señora.

SIMÓN.—Pendiente de su niño.

ENRIQUE.—(Casi sollozando.) Sola.

SIMÓN.—Corta de vista. Lo mataste tú. Proceso. Sentencia.

ENRIQUE.—(Aterrado.) Recurso.

SIMÓN.—Desestiman.

ENRIQUE.—Entonces...

SIMÓN.—Guillotina.

ENRIQUE.—¡Mi madre!

(Queda inmóvil, desencajado, el rostro empalmeado.)

SIMÓN.—(Encendiendo un cigarro.) Esto mismo. Viene la Lulú. Nada de amor. Chantaje. Voy a ser Director-Gerente de Autos Lilliput. Ya conoces la moralidad del Consejo de Administración. Severísima. El escándalo tiraría por los suelos mi porvenir.

ENRIQUE.—¿Ella?

SIMÓN.—Amenaza con darlo.

ENRIQUE.—Y contárselo todo a Margarita.

SIMÓN.—Eso. Quiere huir...

ENRIQUE.—Lo evitas.

SIMÓN.—Le pongo la zancadilla.

ENRIQUE.—Penalty.

SIMÓN.—Golpe directo.

ENRIQUE.—En la sien.

SIMÓN.—Se acabó.

(Un silencio.)

ENRIQUE.—(Sudoroso.) Oye, ¿por qué no pones ese pericón, a ver si nos animamos un poco?

SIMÓN.—Hay un cadáver.

ENRIQUE.—(Dando un respingo.) ¿En dónde?

SIMÓN.—El de Lulú.

ENRIQUE.—¡Ah!

SIMÓN.—Es necesario que nadie lo vea.

ENRIQUE.—¡Pero tú no la has matado!

SIMÓN.—Pruebalo.

ENRIQUE.—¿Estaba yo delante?

SIMÓN.—No, hombre, no. Estabas en la cocina.

ENRIQUE.—¡Mecachis!

SIMÓN.—Decido meter el cadáver en... en...

ENRIQUE.—En el baño. Como en las películas.

SIMÓN.—Los muertos pesan mucho. Camino largo. No.

En el ropero. Tú lo descubres. Me acusas. Me denuncias.

ENRIQUE.—¡Simón de mi vida! Mates a quien mates... yo soy incapaz, Simoncito, yo soy tu amigo...

(Empieza a abrazarle, enloquecido.)



SIMÓN.—¡Está bien, idiota! ¡Está bien! Vamos, vamos, reacciona.

ENRIQUE.—(*Secundose el sudor con el pañuelo.*) Pues ha empezado la noche que como la castaña no me haga cosquillas...

SIMÓN.—¿Qué? ¿Te das cuenta? Todos podemos ser unos asesinos. O, al menos, podemos parecerlo.

ENRIQUE.—Mira, Simón... yo soy un francés medio, con su gabardina tres telas, y a mí estas cosas no me van. De ahora en adelante, procura frenar la imaginación, porque me has dado un rato...

SIMÓN.—Es para que comprendas que entre una novela policiaca y la realidad, a veces, no hay tanta distancia.

(*Suena el timbre de la puerta.*)

ENRIQUE.—¡Las prójimas!

SIMÓN.—No, hombre. Tienen la llave debajo del felpudo.

¿Quién es?

NOEMÍ.—(*Desde dentro.*) Noemí... la vecina.

SIMÓN.—¡Vaya por Dios!

ENRIQUE.—¿Quién es?

SIMÓN.—La del piso de al lado. La sobrina de esa vieja que está muriéndose todos los días. Procuraremos que no entre.

(*Abre la puerta del foro. En el umbral NOEMÍ. Bonita, dulce, ingenua.*)

NOEMÍ.—Perdone que le moleste. ¿No han llamado ustedes a mi puerta?

SIMÓN.—Pues no.

NOEMÍ.—¡Qué raro! Han llamado y me he retrasado un instante en abrir. La tita quería que le ahucase el almohadón. Cuando he abierto no había nadie.

SIMÓN.—Pues nosotros, no.

NOEMÍ.—Como nos suelen avisar cuando nos llaman por teléfono...

SIMÓN.—Esta vez, no.

NOEMÍ.—¡Qué rarísimo! En fin. ¿Me permite hacer una llamada? Tengo que avisar al médico. (*Mirada entre Simón y Enrique.*) Con su permiso. (*Es inevitable. Penetra.*) Buenas noches.

ENRIQUE.—Buenas.

NOEMÍ.—(*Toma el teléfono.*) 1-21-08 Noemí Pard. ¡Ah! Sí, como siempre. Hace unos minutos le ha dado un mareo. No, doctor. No está mi novio en casa. Pues eso es lo malo. Que no encuentro la medicina. He debido perderla... Usted querrá traerla... ¿Mañana? Gracias. Cuanto antes. Se pone a morir, ya lo sabe usted... Gracias.

(*Cuelga.*)

SIMÓN.—¿No mejora su tía?

NOEMÍ.—Estas cosas de corazón... y a su edad...

SIMÓN.—¿Por qué no va a un buen especialista? Con el dinero que tiene...

NOEMÍ.—La han visto ya todos los médicos de la ciudad. No puede hacerse mucho. ¡Ah! ¿Podría usted prestarme una cataspirina? Perdona que le moleste tanto. Estoy sola con ella y no me atrevo a bajar a la calle. Mi novio va a venir. El siempre lleva un tubo. Pero tarda un poco y me estalla la cabeza.

SIMÓN.—(*Cogiendo un tubo.*) ¡La última!

NOEMÍ.—En cuanto mi novio venga se la devuelvo.

SIMÓN.—¡Por Dios... no hace falta!

NOEMÍ.—Es el maldito hígado, ¿sabe? Mi novio está para terminar la carrera de Medicina. Y dice que todo el mundo tiene el hígado enfermo.

SIMÓN.—Y al que no lo tiene, se lo ponen.

NOEMÍ.—A mí hasta me dan mareos y náuseas.

SIMÓN.—(*Enloquecido de inquietud.*) ¡Pero qué interesante!

NOEMÍ.—¡Claro que mi novio me ha puesto un plan severísimo!



SIMÓN.—(A ENRIQUE.) Tres duros a que nos cuenta el plan.

NOEMÍ.—Un plan muy original. Ni huevo, ni leche, ni chocolate, ni licores...

SIMÓN.—Ni cigarros puros.

NOEMÍ.—Pues desde que hago el plan me encuentro mucho mejor.

SIMÓN.—(Empujándola hacia la puerta.) Pues nada, a mejorarse del todo.

NOEMÍ.—La tita no quiere oír hablar de Julio.

SIMÓN.—¿Le molesta el verano?

NOEMÍ.—Mi novio. Se llama Julio.

SIMÓN.—¡Ah!

NOEMÍ.—Dice que no me quiere, que si me quisiera ya sería médico del todo. Le quedan algunas asignaturas. Quince o veinte.

SIMÓN.—Que tiene mala suerte. A Fleming, ya ve usted, no le quedaba ninguna.

NOEMÍ.—Lo de siempre. Unos mucho y otros nada.

SIMÓN.—(De pronto.) ¿Ha dicho usted que se iba?

NOEMÍ.—¡No! ¿Su señora se marchó ya?

SIMÓN.—Sí.

NOEMÍ.—Como veo ahí el baúl.

SIMÓN.—Se lo tengo que facturar mañana. Se han llevado lo preciso.

NOEMÍ.—Esto del campo es una lata, ¿eh?

SIMÓN.—Una lata, sí.

(*La empuja hacia la puerta, después de consultar su reloj.*)

NOEMÍ.—Si necesita usted alguna cosa, no dude en pedirme... No tendrán cena hecha. ¿Quiere usted una tortilla de patatas?

ENRIQUE.—¡Hombre!

NOEMÍ.—Se la hago en un momento.

SIMÓN.—No. Déjelo. Cenamos fuera. Adiós, adiós. ¡Que se mejore su tía! Buenas noches. (Sacca a NOEMÍ co-

*mo puede y cierra la puerta.*) ¡Dios mío...! ¡Cree que no se iba.

(*Unos golpecitos en la puerta. Abre SIMÓN. NOEMÍ en el umbral.*)

NOEMÍ.—¿De dos huevos o de tres?

SIMÓN.—Gracias, señorita... no se moleste... ¡De verdad! No es necesario. (Cierra de nuevo.) ¡Y esas dos sin venir!

ENRIQUE.—Cuando se case no habrá quien le haga freír un huevo.

SIMÓN.—¡Espera! (Se escucha un portazo.) ¡Yai! (Agitado.) Estamos sin bebidas. De prisa. Baja al bar y súbete un par de botellas de champagne. Dices que son para mí. Voy a preparar unas almendritas.

ENRIQUE.—¿El guateque es una consecuencia de la almendra o la almendra es una consecuencia del guateque?

SIMÓN.—¡Vamos... corre!

ENRIQUE.—¿Qué clase de champagne?

SIMÓN.—La que sea. Que me lo apunten. ¡Espera! (Lo coge. Lo abraza.) Enrique...

ENRIQUE.—Me he dejado la cartera en casa.

SIMÓN.—No, hombre. Quería decirte sólo que la diversión, como los bigaros, está dentro.

ENRIQUE.—¿Dentro?

SIMÓN.—Dentro de uno mismo. De nada servirá que te rodees de muchachas bonitas, de champagne o de música, si tú no estás divertido. Prepárate.

ENRIQUE.—Sí, Simón.

SIMÓN.—(Manotazo al pecho.) El pecho fuera. (Sacca el pecho ENRIQUE.) ¡La cabeza erguida! (Levanta ENRIQUE la cabeza a impulso de un empellón de SIMÓN a la barbilla.) ¡Los dientes fuera! (Sonrisa "Profíden" de ENRIQUE.) ¡Ja, ja, ja!

ENRIQUE.—(Automáticamente.) ¡Jai!

SIMÓN.—¡Viva la noche!

ENRIQUE.—¡Viva!



SIMÓN.—¡Viva el champagne!

ENRIQUE.—¡Viva!

SIMÓN.—¡Vivan las mujeres!

ENRIQUE.—Las de los otros.

SIMÓN.—Las nuestras en el campo.

ENRIQUE.—(Lo abraza.) Somos dos sinvergüenzas.

SIMÓN.—Sobre todo, tú.

ENRIQUE.—¡Eso!

SIMÓN.—¡Por el champagne!

ENRIQUE.—¡Qué diversión! ¡Me mondo!

(Sale corriendo, abre la puerta del foro y desaparece. SIMÓN mira a su alrededor. Descuelga el auricular del teléfono. Conecta el pick-up y, después, aparece por la derecha. "Ramona" comienza a sonar. Y la puerta del foro se abre. Un hombre en el umbral, joven aún. Vestido con insupportable atildamiento. Tiene un aspecto desagradable y una sonrisa antipática. Deja el llavín sobre la mesa, junto a la botella de leche. Toma un cigarrillo de una cajita. Lo enciende, después de prender un fósforo que toma de una cerillera. Busca una bebida. No encuentra nada. Destapa la botella de leche, se sirve un vaso y lo bebe sin prisas. SIMÓN aparece por la derecha. Se ha puesto una chaqueta más "comm'il faut" y ha cambiado su corbata.)

SIMÓN.—(Al desconocido, mientras abre el ropero.) Buenas noches.

DUPONT.—Buenas...

(SIMÓN se ha introducido en el ropero. Hay una pausa y ahora sale atónito, con un cubo de champagne en la mano.)

SIMÓN.—Yo... yo no tengo el gusto de conocerle.

DUPONT.—(Furto.) Le pasa igual que a mí con Eisenhower.

SIMÓN.—¿Por dónde ha entrado?

DUPONT.—¿No tiene coñac?

SIMÓN.—No, señor. (DUPONT suspira y bebe otro trago de leche. Se sirve más.) Oiga, de una vez... ¿por dónde ha entrado?

DUPONT.—Por la puerta. (Un gesto de SIMÓN.) El llavín está ahí.

SIMÓN.—Pero usted...

DUPONT.—Llámele Dupont. Siempre es de actualidad.

SIMÓN.—Voy a avisar a la policía.

DUPONT.—Muy bien. Y yo a su mujer. Y a la Empresa de Autos Lilliput S. A. La joya del ciudadano. Viáje usted sobre cuatro ruedas, doblado en cuatro dobles.

(SIMÓN deja el auricular lentamente.)

SIMÓN.—(Rabioso.) Es usted...

DUPONT.—Dupont.

SIMÓN.—¿Y qué más?

DUPONT.—El hermano de Lulú.

SIMÓN.—¡El hermano! No sabía que tuviera un hermano.

DUPONT.—Pongamos que soy un hermano de doblaje español.

SIMÓN.—¡Ah!

DUPONT.—Admito dádivas de ella. De vez en cuando.

SIMÓN.—Muy bien.

DUPONT.—No tiene nada de particular. El Estado subvenciona la Opera y Lulú me subvenciona a mí que soy bastante más gracioso.

SIMÓN.—No tengo dinero.

DUPONT.—Ahora cuénteme el del loro que está constipado. (Serto.) Oiga, muchacho. Cincuenta mil de los grandes por la paz conyugal, la dirección de Autos Lilliput y este paquete de cartas. (Le enseña un paquete de sobres.) ¿Le leo los encabezamientos?

SIMÓN.—No hace falta. Los conozco bien.

DUPONT.—Y ni una palabra a la Lulú. Ella no sabe que estoy aquí. En metálico, por favor. (SIMÓN aprieta los



puños.) Me impaciente. (SIMÓN, resueltamente, toma la botella de leche. La vuelca, la coge por el cuello. Avanza hacia DUPONT, que retrocede.) ¡Eh, Aldebert!

¡No sea tonto! ¡Espere!

SIMÓN.—¡Fuera! ¡Asqueroso chantajista! ¡Fuera! ¡Fuera he dicho!

DUPONT.—(Trapezando con los muebles.) Escuche, Aldebert. Medite lo que hace. Escuche, ¡Espere!

(Retrocediendo, desconcertado, se ha introducido en el ropero. Un traspás. Un golpe seco y luego un quejido. Más tarde el inconfundible ruido de un cuerpo que se desploma al suelo.)

SIMÓN.—(Tras un silencio.) ¡Levántese! ¡Y márchese ahora mismo! ¡Vamos! (Silencio.) ¡Oiga! ¡Oiga! (Se introduce en el ropero. Sale al momento, livido, aterrado. Sangre en su mano derecha. Balbucea.) Mu... er... to... ¡Dios mío! ¡Dios mío!

(El timbre de la puerta sobresalta a SIMÓN. Cierra el ropero. Se pasa una mano por la frente. Abre al fin. ENRIQUE en el umbral con dos botellas de champagne.)

ENRIQUE.—¡Viva! ¡Fresquitas y todo! Rezumando hielos. ¡Alegria del mar!

SIMÓN.—¡Christi!

ENRIQUE.—«Son para don Simón». «Pues para un tío tan salao, se las voy a dar fritas». Así me lo ha dicho el del bar. ¡Viva!

SIMÓN.—¿Quieres callar?

ENRIQUE.—¿Qué pasa?

SIMÓN.—Nada... nada. La vecina.

ENRIQUE.—Hombre, tampoco he gritado tanto.

SIMÓN.—No, no, claro.

(Dejándose caer en el sofá.)

ENRIQUE.—¿Sabes una cosa? Tenías razón. Estar con-

tento es como meterse en una piscina. Todo consiste en lanzarse. Mientras bajaba las escaleras... ¿qué dirás que iba pensando? En apuntarme el número del servicio de ambulancias, por si acaso. Y al llegar al portal, he reaccionado brillantemente. ¡Al diablo la tristeza! ¡Y los presentimientos! Que la beso e ingresa en el Equipo Quirúrgico. ¡Allá ella! Otra vendrá. ¡Estamos solos, somos felices! El caso es divertirse. ¡Tralará, tralará!

SIMÓN.—(Lúgubre.) Hay alegrías que merecen palos.

ENRIQUE.—¿Qué?

SIMÓN.—Que eres idiota.

ENRIQUE.—¿Pero así porque sí?

SIMÓN.—Se puede saber a qué vienen esos tralará y esos saltitos, majadero del demonio?

ENRIQUE.—Yo...

SIMÓN.—Ya tienes edad para estar quietecito, ¿no? Si quieres te traigo un cubo y una pala.

ENRIQUE.—Pero sí...

SIMÓN.—El imbecil, riéndose y divirtiéndose así...

ENRIQUE.—Yo sólo...

SIMÓN.—Está bien. Cállate ya y estate quieto. (ENRIQUE —suponemos que por hacer algo— dibuja una sonrisa "Profíden".) ¿De qué te ríes, eh? ¿Te hago gracia?

ENRIQUE.—Es que como tú... lo de los bigaros.

SIMÓN.—¡Cállate ya!

(Asiente ENRIQUE y se arrincona en el sofá. SIMÓN se sienta junto a él y esconde un instante el rostro entre las manos.)

ENRIQUE.—La verdad, Simón. No hay quien te entienda. Hace un momento, tú mismo decías que lo principal era llevar dentro de...

SIMÓN.—(De pronto.) Me tienes que ayudar a sacarlo.

ENRIQUE.—...uno mismo la alegría. Y conste que yo creo...

SIMÓN.—Tienes que ayudarme a sacarlo, Enrique.

ENRIQUE.—¿El cubo de la basura?



SIMÓN.—Basura. Pero con un traje.

ENRIQUE.—¿Qué?

SIMÓN.—*(Lentamente.)* Ahí, en el ropero... hay un... muerto.

*(Silencio. ENRIQUE, de pronto, se echa a reír.)*

ENRIQUE.—¡Estupendo! ¡Magnífico!

SIMÓN.—Oye, imbécil...

ENRIQUE.—Para troncharse. Cuando vengan las prójimas jugamos a eso. Yo me meto en el ropero y...

SIMÓN.—*(Cogiéndole de las solapas.)* Escucha, estúpido.

Un amigo de la Lullú. Subió nada más marcharte. Vino a...

ENRIQUE.—A hacerte chantaje.

SIMÓN.—Sí.

ENRIQUE.—Que si no, hablaba con tu mujer.

SIMÓN.—Eso es.

ENRIQUE.—Y con Autos Lilliput.

SIMÓN.—Exacto.

ENRIQUE.—Un tropezón, un golpe en la cabeza...

SIMÓN.—Sí.

ENRIQUE.—Con la percha... ¿a que ha sido con la percha?

SIMÓN.—Con la percha.

ENRIQUE.—*(Riéndose como un loco.)* ¡Estupendo! ¡Estupendo!

SIMÓN.—*(Fuera de sí lo zarandeando, levantándolo del sofá. Está muy cerca del ropero.)* ¡No te rías, cretino! ¡No te rías! Ha sucedido así. Y está muerto ahí dentro. ¡Ahí!

ENRIQUE.—*(Riéndose.)* Y se enfada y todo... ¡Qué bueno!

*(SIMÓN, desesperado, abre el ropero, mete a ENRIQUE de un empellón y cierra. Cesan las carcajadas. Un silencio. Y cuando SIMÓN vuelve a abrir, ENRIQUE cae en sus brazos a plomo, sin pizca de conocimiento.)*

SIMÓN.—¡Enrique!... ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Enrique!

ENRIQUE.—*(Abriendo los ojos con voz temblorosa.)* ¡Qué bromi... ta... más... ton... tai!

SIMÓN.—¡Vamos! ¡Reacciona! ¡Te necesito!

ENRIQUE.—¿Para qué?

SIMÓN.—Tenemos que sacarlo de aquí.

*(ENRIQUE se vivifica. Corre hacia la puerta.)*

ENRIQUE.—Sí, sí. Hay que sacarlo.

SIMÓN.—¿Dónde vas?

ENRIQUE.—A casa, a acostarme.

SIMÓN.—*(Cortándole el paso.)* Tú no te mueves de aquí.

ENRIQUE.—Si está de Dios, Simón. Si a mí los veranos

no me van. Cuando no me operan al llo, matas a un

señor y ya no hay juerga. Si yo me casé de milagro,

Simón. Si para lo que he nacido de verdad es para

agustino.

SIMÓN.—Ten calma, imbécil.

ENRIQUE.—Eso. Ten calma, imbécil. Pero en casa.

SIMÓN.—Está bien. Marchate. *(Siniestro.)* Te sacará de

la cama la policía.

ENRIQUE.—¿La policía?

SIMÓN.—Irás a preguntarte por qué mataste a ese hombre.

ENRIQUE.—¿Yo?

SIMÓN.—Claro. Discutimos. Entraste tú. Dupont me tenía

agarrado por el cuello. «Socorro» — grité, ahogán-

dome. Y entonces tú, mi gran amigo, mi hermano

casi, cogiste a Dupont, lo llevaste hacia el ropero

y allí lo golpeaste contra la percha, hasta hacerle

morir.

*(Una pausa.)*

ENRIQUE.—He sido yo capaz...

SIMÓN.—Sí. Fue terrible. Yo te gritaba. ¡Déjalo! ¡Dé-

¡jalo!

ENRIQUE.—Y yo no lo dejaba.



SIMÓN.—No.

ENRIQUE.—(*Transición.*) Simón, eres un cochino de aquí te espero.

SIMÓN.—Estás metido en este asunto, Enrique.

ENRIQUE.—Tú sabes que todo eso no es verdad.

SIMÓN.—Pruébalo.

ENRIQUE.—Pues...

SIMÓN.—(*Sereno.*) Será mejor que te quites la chaqueta.

Los muertos pesan una barbaridad. (ENRIQUE, *lenta mente, comienza a quitarse la chaqueta.* SIMÓN *ha encendido nerviosamente un cigarrillo.*) Hay que suponer dos cosas: que Dupont oyó mi conversación con la Lulú por teléfono, y que nadie ha sabido que se proponía venir aquí. La cosa está clara. Si la policía encuentra el cadáver, proceso.

ENRIQUE.—Tú no le mataste.

SIMÓN.—¡Pruébalo, demonio!

ENRIQUE.—Según tú, un hombre es como un cocinero del Palace: tiene que probarlo todo.

SIMÓN.—Pues sí. Lo lógico es pensar que luchamos y le produje la muerte. Por eso no hay más que una solución: desaparición de Dupont.

ENRIQUE.—¿En el horno?

SIMÓN.—¡Vete al cuerno! ¿Cómo desaparecen los cadáveres, Enrique?

ENRIQUE.—Se los llevan en un coche.

SIMÓN.—Muy bien. ¿Y después?

ENRIQUE.—La tierra.

SIMÓN.—Exacto. Alquilaremos un auto para conducirlo nosotros mismos. Ya está el coche. Falta la tierra.

ENRIQUE.—Aquí, en la obra de al lado, venden arena.

SIMÓN.—La tierra está entre La Rouge y Poncecard.

ENRIQUE.—¿Qué?

SIMÓN.—Hay un barranco a mano derecha. Falta el feretro... el feretro precisamente. (*Está mirando el baúl.*) Y lo acabamos de encontrar. (*Nervioso.*) Está buena, Enrique. Todo está listo. Dupont va a ir ahí dentro.

ENRIQUE.—¡Simón! Con los vestidos de Margarita.

SIMÓN.—Sacaremos los vestidos de Margarita. No tiene ninguna importancia. En todas las novelas policíacas meten al muerto en un baúl. ¡De prisal! En la terracita de la cocina encontrarás una pala. O dos. Las que he comprado para hacer jardinería en el hotelito. Tráetelas. Mientras tanto... (*Lágrime.*) Yo haré el equipaje.

ENRIQUE.—Simón...

SIMÓN.—¿Qué?

ENRIQUE.—Te parecerá una tontería, pero a mí me da no sé qué andar con muertos.

SIMÓN.—Esas palabras sonarían mejor en el locutorio público de la prisión. ¡Vamos!

ENRIQUE.—Sí, Simón. (*Desaparece por la derecha.* SIMÓN *arrastra el baúl hasta cerca de la abierta puerta del ropero. Acciona la llave y abre el baúl. Tira toda la ropa sobre el sofá.* ENRIQUE *aparece con las dos pirlas cortas en las manos.*) Había dos... como las pirlas de Sofía Loren.

SIMÓN.—Está bien. Ven. ¡Vamos! Ven de una vez. No tenemos tiempo. Las próximas van a presentarse de un momento a otro. Tenemos que salir antes.

ENRIQUE.—Sí. (*Los dos ocultos por la puerta del ropero.*)

SIMÓN.—De los brazos. ¡Fuerte! (*Una pausa.*) Enrique, por Dios, ¿quieres soltarme el brazo? Es a Dupont a quien tienes que coger.

ENRIQUE.—Sí, sí... A ti uni... a ti...

SIMÓN.—¡Callate! ¡Vamos! (*Un esfuerzo.*) Listo.

(*Cierra el baúl.*)

ENRIQUE.—Espera.

SIMÓN.—¿Qué?

ENRIQUE.—Que se ha quedado fuera la corbata.

SIMÓN.—Tira de ella.

ENRIQUE.—Lo voy a ahogar.

SIMÓN.—Espera. (*Abre de nuevo el baúl.* *Cierra luego.*)

Ya está. (*Toma las palas.*) Ten. (*Le da una.*) Ahora



busea en la guía Autos Unión. Y dí que manden un cuatro plazas amplio. ¡Vamos!

ENRIQUE.—¿Qué hago con la pala?

SIMÓN.—¡Trae acá.

(Coloca las dos palas sobre el baúl, que ha permanecido siempre en pie.)

ENRIQUE.—(Sudoroso busca en la guía.) No viene... No viene nada sobre autos... Autos, nada... A... a... a... Hacienda, Ministerio... Harinas... fábrica de... SIMÓN.—Enrique, auto se escribe sin hache.

ENRIQUE.—(Muy nervioso.) ¡Jestas, que modernismos!

(Simón ha tomado, lleno de extraneza, un par de llaves de la mesa. Las mira.)

SIMÓN.—¿Tú has traído una llave?

ENRIQUE.—Yo no.

SIMÓN.—¿Seguro?

ENRIQUE.—Las mías. (Le muestra el llavero.) Aquí están.

SIMÓN.—¿Falta alguna?

ENRIQUE.—No.

SIMÓN.—Esta es la llave de la casa que Dupont cogió de debajo del felpudo. Pero ¿y ésta?

ENRIQUE.—El baúl.

SIMÓN.—(Sacúdola del bolsillo.) Está aquí. ¿De dónde puede...? (Lanza un grito.) ¡Dios mío!

ENRIQUE.—¿Qué pasa?

SIMÓN.—¡La llave del hotelito! ¡Se han dejado la llave del hotelito!

ENRIQUE.—¿Quién?

SIMÓN.—Nuestras mujeres. La mía... ¡maldita sea! Que está pensando en todo menos en lo que debe pensar.

ENRIQUE.—Dormirán con la guardesa.

SIMÓN.—Eso. Si no ha advertido la falta antes y vuelve por ella. ¡Corre!

ENRIQUE.—¿Qué?

SIMÓN.—Coge el baúl. Vamos a sacarlo por la escalera interior. ¡Corre! ¡Venga!

ENRIQUE.—Pero...

SIMÓN.—¡Obedece, idiota! ¡Si ellas nos descubren, estamos perdidos! ¡Corre!

(Cogen el baúl, cada uno por un asa. Se cargan las palas al hombro. Se disponen a marchar. Y estando así, se abre la puerta del foro y en el umbral aparecen MARGARITA y BRIGETTE. Naturalmente, quedan estupefactas al ver a sus maridos de tal guisa.)

MARGARITA.—¡Simón!

BRIGETTE.—¡Enrique!

SIMÓN.—(Lágrubre.) Párate, Enrique, que Dupont se queda en casa.

MARGARITA.—¿Pero se puede saber dónde íbais con el baúl?

SIMÓN.—A dejarlo en el comedor, que hace más bonito.

BRIGETTE.—¿Y esas palas?

ENRIQUE.—(Aturdido.) Para beber agua. Como os llevasteis todos los vasos...

BRIGETTE.—Pero, Enrique...

SIMÓN.—Una broma mía. Ya te explicaré.

MARGARITA.—Supongo que estareis de una pieza. Ya me conoces. Salgo a la calle. Estación del Norte. El bolsito, todo en orden. Hasta la barra de los labios... ¡fíjate. (Barra de labios con la que enciende un cigarrillo, porque resulta ser un encendedor.) Algo te dejas, algo te dejas, Margarita. Las llaves. A ver... una, dos, tres. ¡Falta una! Ya está.

SIMÓN y ENRIQUE.—¡Ya está!

MARGARITA.—¡La del hotelito! (Simón se la está mostrando.) ¡Ay, tesoro mío! Perdóname cien mil veces. No sabes qué disgusto tengo. Llevas razón en llamarme despistada y cabeza de grillo. Y piérdelo todo. ¡Qué trastorno! ¡Qué trastorno más grande! Máxime cuando ya no sale ningún tren hasta mañana.



na a las ocho. (SIMÓN y ENRIQUE se miran y se apoyan de codos en el baúl desmayadamente.) Pero es igual. Casi me alegro. ¿Verdad, Brigette?

BRIGETTE.—Claro.

MARGARITA.—Así puedo llevarme algunas cosas que me habia olvidado. Las mantas, porque no se concibo pasar un verano sin llevarse las mantas de invierno. Y la radio chiquitita. Esa que la abres y no suena. Arrivederci Roma.

BRIGETTE.—Y el D.D.T.

MARGARITA.—Eso. El D.D.T. Ya sabes cómo se pone aquí. Bueno. No mata a las personas. (SIMÓN y ENRIQUE inmóviles, no dicen nada. Se miran de vez en cuando resignadamente.) Pero, ¿qué os pasa?

Los dos.—Nada... aquí...

MARGARITA.—Tenéis hambre. Seguro que sí. ¿Ibais cenar a un restaurante?

Los dos.—¡Psch...!

MARGARITA.—Pues ya no hace falta. Ahora mismo o hago yo una buena tortilla de patatas.

ENRIQUE.—(A SIMÓN.) Si llamas al sereno, te traen otra tortilla de patatas. Ya lo verás.

MARGARITA.—Pero, Simón. ¿Qué diablitos te ocurre?

SIMÓN.—Nada, mujer. La emoción de verte otra vez.

MARGARITA.—En un principio, ¿sabes?, pensé que me ibas a degollar cuando te enteraras. Y le digo a BRIGETTE: di que te las has dejado tú.

BRIGETTE.—Pero yo no. Yo cargar con muertos de nada... yo no.

ENRIQUE.—Para eso estoy yo.

MARGARITA.—Un beso y a no enfurruñarse. Y suelta ya esa horrible pala. ¡Hijo, ni que fueras a cavar un hoyo! (Mirada de los dos otra vez.) ¡A cenar la tortilla! ¡Y eso que como no encargué pedido! No te encargada nada. A lo mejor queda algo en la nevera. Brigette, hazme el favor... (Ahora ve los trajes y prendas que encerró en el baúl, sobre el suelo y en

el sofá.) Pero, Simón... (Coge un bolero del suelo.) ¡Mi bolero!

SIMÓN.—Anda, Enrique, pon «Begún de Begún». Está en el segundo estante!

(Ha señalado la gramola.)

MARGARITA.—Y el estampado... las combinaciones. Esa novela que me llevo todos los años para leer... Simón, ¿qué ha ocurrido?

SIMÓN.—Pues... pues... terrible... Que te lo cuente Enrique.

ENRIQUE.—Pues... se abrió.

BRIGETTE.—El baúl.

ENRIQUE.—Sí.

MARGARITA.—Si yo lo dejé cerrado.

SIMÓN.—Los bauls cerrados también se abren.

MARGARITA.—¿Cómo?

SIMÓN.—Pues...

ENRIQUE.—Anda, rico. Pruébalo.

SIMÓN.—Quise meter las palas. Sí. Para arreglar el jardín. Al ir a cerrarlo, el imbécil de Enrique lo volcó. Cayó todo. Ahora íbamos precisamente a rehacerlo. (En voz baja a ENRIQUE.) No me aplaudas, que soy muy vergonzoso.

MARGARITA.—Pobrecitos... los señores de la casa que se les abrió el baúl. ¡Ay, los hombres! Siempre tan egoístas, queriendo llevarse palas y todo. Vete abriendo, que en cuanto me ponga cómoda, lo hago otra vez. Anda, Brigette, ayúdame. (Le tira un beso.) No pongas esa cara, hombre. Que te quiero.

(Mutis de ambas por la izquierda.)

ENRIQUE.—(De pronto.) ¿Y si nos apuntamos en la Legión?

SIMÓN.—No hay tiempo que perder. Tú ocúpate de Dupont. Voy a llamar a la Lulu.

ENRIQUE.—Pero...



SIMÓN.—¿No te das cuenta, idiota? Va a abrir el baúl. Lo encontrará. Y la Lulú puede presentarse de un momento a otro. ¡Vamos!

ENRIQUE.—¿Qué hago con él?

SIMÓN.—Al ropero. ¡De prisal! Al fondo, debajo de los estantes. (SIMÓN y ENRIQUE transportan el baúl hasta cerca del ropero. Abren la puerta. SIMÓN corre al teléfono. Marca. Habla en voz muy baja.) ¿Lulú? ¿Se fué? ¿Hace mucho? Usted hable fuerte, que no le oigo... Yo es que estoy acatarrado. Si. Diez minutos. ¿A casa de la «Allons Enfants»? Gracias. (Mientras SIMÓN ha hablado, ENRIQUE lucha en vano con Dupont. Logra sacarlo del baúl, pero el traspaso al ropero resulta laborioso. Cuelga SIMÓN. Agitado.) Ya ha salido. Enrique, esto puede ser una catástrofe. ¡Cuidado, que salen!

ENRIQUE.—¡Aún no!

SIMÓN.—¡Dios mío! (Acude a la izquierda, se pone en ella como un tonto y dice.) ¡El perro! ¡El perro!

(MARGARITA y BRIGETTE, en el umbral, se detienen sorprendidas.)

BRIGETTE.—¿Qué ocurre?

SIMÓN.—¡El perro! ¡Ea!

MARGARITA.—Pero, ¿qué dices?

SIMÓN.—El perro de la obra de al lado, que está sin comer y... (Muy dramático.) ¡No hay derecho a que un pobre animal pase lo que está pasando por no haber pan duro! ¡Vete por pan duro!

(ENRIQUE lucha con DUPONT.)

MARGARITA.—Pero, ¿quieres dejarme pasar?

SIMÓN.—Sin pan duro no se entra.

MARGARITA.—Pero... Simón.

SIMÓN.—¡Por pan duro!

BRIGETTE.—Ya voy yo, mujer...

(Mutis de BRIGETTE.)

ENRIQUE.—(Anhelante, cerrando el ropero.) ¡Ya está!

MARGARITA.—(Colándose.) ¿El qué?

ENRIQUE.—Pues...

SIMÓN.—El baúl abierto.

MARGARITA.—Gracias, Enrique. (Mientras dispone unos platos de platos sobre la mesa.) Cuatro años casada con él y ahora me entero que se interesa por los perros. ¿Lo sabías tú?

ENRIQUE.—¿Eh?

MARGARITA.—¿Pero qué os pasa?

SIMÓN.—Que hace calor. ¡Eso! Un calor que atufa. Y ese ventanal cerrado.

MARGARITA.—Ya lo abro, hombre. No te enfades. (Abre el ventanal de par en par.) ¿Así?

(Continúa laborando. SIMÓN y ENRIQUE hablan entre dientes.)

SIMÓN.—¿Bien?

ENRIQUE.—Regular.

SIMÓN.—¿Cómo regular?

ENRIQUE.—Se me ha quedado colgado de la percha en la puerta.

SIMÓN.—¡Imbecil! Vas a ser mi ruina. Al fondo, bajo los estantes, te había dicho.

ENRIQUE.—Ya lo sé. Pero Dupont no es un paquete muestra. Pesa un horror.

MARGARITA.—¡Champagne! (Ha descubierto las botellas. Los dos pegan un grito de terror.) ¿Por qué gritáis?

SIMÓN.—(Por justificar.) ¡Lo descubrí! ¡Lo descubrí!

ENRIQUE.—¡Lo descubrí!

SIMÓN.—Era una sorpresa... Dijimos, para endulzarles el disgusto...

MARGARITA.—¡Qué celosi! (BRIGETTE, sale con una bandeja repleta de sandwichs y un saquito.) ¿Qué dirás que han hecho? Comprar champagne para no-



sotras. (BRIGETTE mira un poco extrañada a ENRIQUE, y éste desvía la mirada. Margarita besa a su marido.)  
¡Eres estupendo, Simón!... ¡Qué detalle!

BRIGETTE.—El pan duro.

SIMÓN.—¿Eh?

BRIGETTE.—Para el perro.

SIMÓN.—¡Ah, sí!

(Coge el sequito como un tonto.)

BRIGETTE.—Mientras se hace la tortillita.

(Pone los sandwichs encima de la mesa.)

MARGARITA.—Esto hay que regarlo con champagne.

BRIGETTE.—Los vasos están en las maletas.

MARGARITA.—(Sencillamente.) Ahí en el ropero tengo copas finas.

(Lo dice mientras dispone los sandwichs sobre la mesa. SIMÓN y ENRIQUE se miran.)

SIMÓN.—Esto ya es mala pata.

ENRIQUE.—¿Por qué no nos vamos a vender el pan duro a la Argentina.

SIMÓN.—¡Calma! Es mi vida lo que se juega. ¡Y la tuya!

MARGARITA.—Sentaos.

ENRIQUE.—Yo...

SIMÓN.—¡Siéntate!

(SIMÓN y ENRIQUE se sientan en el diván.)

MARGARITA.—Brigette, la sal. Y corta unas patatas.

BRIGETTE.—Sí.

(Mutis de BRIGETTE por la izquierda. MARGARITA comprueba que todo está en orden y mientras

habla con su clásica charlatanería y su singular despiñete, se dirige hacia el ropero.)

MARGARITA.—Según me ha dicho Florinda, la de Olivier, esa que dice que un marido es eso que nos ayuda a subirnos la cremallera, ¿te acuerdas?, pues según ella, este año Chateau-Blanch va a estar muy animado. (Abre un resquicio en la puerta del ropero. Los dos se levantan. Vuelve a cerrar MARGARITA para tomar los vestidos y dejarlos sobre una butaca. Los dos se sientan otra vez.) Ya sabes. Reina de Fiestas, bailes... A los pollos no les van a dejar llevar vari-tas. Así es que no sé qué van a hacer con las manos. (Abre ya el ropero. Tensión y terror en los dos hombres. La hoja abierta del todo, paralela a la butaca. Y —recordamos las características de la puerta— como el umbral no arranca del suelo sino treinta centímetros más arriba, podemos contemplar dos bonitos zapitos —los de Dupont— bamboleándose en el aire bajo la hoja. MARGARITA entra en el ropero. Sigue hablando.) ¡Ahí y una innovación. Este año en vez de irse a hacer huevos fritos al campo, se van a ir a hacerlos cada uno a su casa, que es como en realidad se pasa bien. (Sale con cuatro copas de champagne que coloca en la mesita.) Ya te podrás figurar cómo va a estar la calle principal. Nueva York sin señales luminosas. (Renunciamos a describir el gesto y el estado de ánimo de los dos hombres.) ¡Lo bien que lo váis a pasar los domingos! Sólo os va a faltar un detalle.

(Suena el timbre de la puerta.)

SIMÓN.—(Lugubre.) Ni ese.

ENRIQUE.—Y luego dicen que estas casas modernas se hundien por cualquier cosa.

(Ha abierto MARGARITA y en el umbral está NOMEF.)



NOEMÍ.—Buenas noches. ¡Qué sorpresa! Usted...

MARGARITA.—Me olvidé la llave del chalet.

NOEMÍ.—Vengo a devolverle la cafispirina que... (Claro está, DUPONT se halla frente a ella. NOEMÍ palidece y balbucea. ¡Jesús!..)

MARGARITA.—Pero, por favor, páse usted. ¿Cómo está su tía?

NOEMÍ.—¡Madre mía!

MARGARITA.—Ha salido ahora un específico que...

NOEMÍ.—¡San Pedro Nolascó!

(Y desaparece aterrada. MARGARITA la llama.)

MARGARITA.—¡Noemí! ¡Noemí! (Volviendo al centro de escena, después de cerrar la puerta.) ¡Qué chica tan rara! Esa vieja avara la tiene trastornada. ¡Si quiere casarse con el muchacho por qué no lo permite! Mucho dinero le va a dejar, pero lo está sudando la pobre.

(Y hace mutis por la izquierdá tan tranquila. SIMÓN se pone en pie.)

SIMÓN.—Ventajas de casarse con una idiota.

ENRIQUE.—Es que la mala es idiota y además ve.

SIMÓN.—¡Vamos a...!

ENRIQUE.—¡No! No me digas que hay que mudar otra vez a Dupont, porque no lo aguanto.

SIMÓN.—Pues hay que mudarle.

ENRIQUE.—Lo que hay que hacer es huir, Simón. ¿Me comprendes?

SIMÓN.—Con Dupont, sí. Sin Dupont, nunca. (Lo coge de las solapas.) ¡Escucha, Enrique! Este es el llo más gordo de nuestra vida. ¿Sabes lo que significa ser Director-Gerente? Un magnífico trabajo. Firmar y leer deponadamente el periódico. Todo eso lo pierdo. Y la vida detrás.

ENRIQUE.—Díganosle todo a ellas.

SIMÓN.—Diez minutos después lo sabe el barrio.

ENRIQUE.—Pero...

SIMÓN.—De modo que no me va a crear la policía y me va a crear mi mujer...

ENRIQUE.—Simón, esto...

SIMÓN.—(Entrecido.) ¿Qué quieres? ¿Que se sepa además lo de la Lulú? ¿Que nos mate una vez el verdugo y otra vez nuestras mujeres? Esa cretina volverá con la policía o con alguien. Ha visto a Dupont, y no pretenderás que se va a quedar tan tranquila.

ENRIQUE.—Está bien. ¿Dónde lo ponemos?

SIMÓN.—De momento, en el montacargas. Damos al último piso y abrimos las puertas entre dos plantas. Eso significa unas horas de plazo.

ENRIQUE.—¿Y la Lulú?

SIMÓN.—El vigilante de la obra. Bajas y le explicas que cuando vea a dos señoras de aspecto equívoco, con una guitarra, les diga de nuestra parte que las esperamos en Amberes, que hemos ido a la Feria. Vete ya. Yo pondré a Dupont en el descansillo. Y subes el montacargas. A la velocidad del rayo.

ENRIQUE.—Sí.

(Mutis precipitado de ENRIQUE por el foro. SIMÓN apaga la luz. La escena en sombras. SIMÓN abre el ropero. Carga con el cadáver y se dirige hacia el foro. Timbreazo. Pausa. Nuevo timbreazo.)

MARGARITA.—(Dentro.) Voy. (Terror en SIMÓN; no sabe qué hacer. Corre al ventanal. Deposita a DUPONT en el sillón de hierro forjado y vuelve a escena, después de cerrar el ventanal apresuradamente. El timbre con insistencia. MARGARITA en escena.) ¿Eh? (Da la luz. El ventanal cerrado. SIMÓN ante él.) Pero, Simón...

SIMÓN.—La luz... Se gasta mucha luz en el país... Cada cual debemos poner nuestro granito... ahorro de ruido, ¿comprendes?



(Abre MARGARITA. En el umbral NOEMÍ y JULIO. Su novio. Muchacho sencillo.)

MARGARITA.—¡Ah... son ustedes! ¿Cómo está, Julio?

JULIO.—Disculpe que la moleste, señora. Pero...

MARGARITA.—Pase, pase.

JULIO.—Son tonterías. Me va usted a echar a puntapiés. Y nos lo merecemos.

NOEMÍ.—Te digo que...

MARGARITA.—¿De qué se trata?

JULIO.—Esta tonta. Claro que con los nervios que le pone la tía, cualquiera ve visiones.

MARGARITA.—¿Pero qué es?

JULIO.—Pues que dice que... (Echándolo a risa.) ¡Fíjese qué tontería! Que ahí, en el ropero, tienen ustedes un... ¡es para reirse!... un muerto.

MARGARITA.—¿Un muerto?

JULIO.—¡Qué tontería!

SIMÓN.—¿Qué estupidez!

JULIO.—Es de chiquillos.

SIMÓN.—¡De memos!

NOEMÍ.—Se lo juro a usted, doña Margarita. Mientras estaba devolviendo la caftaspirina, lo ví... en el ropero. Colgado de la percha.

MARGARITA.—¿Qué simpleza! ¡Un muerto! ¿Y para qué queremos nosotros un muerto?

JULIO.—Es lo que yo le he dicho. De tener esos señores un muerto, estarían tristesísimos.

NOEMÍ.—Lo he visto. ¡Te lo juro por la tía! ¡Ahí, está ahí!

(MARGARITA ha abierto el ropero.)

MARGARITA.—¿Aquí?

(Estupor en NOEMÍ.)

NOEMÍ.—No estoy loca, Julio. ¡Te lo juro que lo he visto! Se balanceaba. ¡Era horrible!

JULIO.—¡Bueno, ya está bien! Me has hecho quedar en ridículo ante estos señores. Usted no sabe qué insistencia. Quería, incluso, llamar a la Comisaría.

SIMÓN.—Pero usted no la habrá dejado. ¡Porque usted es muy macho!

JULIO.—Gracias. No, no la he dejado, claro.

MARGARITA.—¿Convencida?

NOEMÍ.—Sí... pero yo no estoy loca, Julio. Yo sé lo que veo. Era un difunto, Julio.

MARGARITA.—Tú lo que necesitas es casarte pronto, chiquilla. ¿Qué te queda?

NOEMÍ.—Seis pesetas, porque hemos comprado unas gaseosas...

MARGARITA.—No. Si digo para la boda.

JULIO.—Un mes...

MARGARITA.—Pues un mes viendo muertos y fantasmas y burros que vuelan.

NOEMÍ.—Puede ser.

(ENRIQUE en el umbral de la puerta del foro.)

ENRIQUE.—El montacargas ahí.

SIMÓN.—¿Y el sereno de la obra?

ENRIQUE.—No, me bajé la llave del portal. No he podido salir. ¿Y esa?

SIMÓN.—Lo que te dije.

ENRIQUE.—¿Qué hacemos?

SIMÓN.—¡Calla!

(NOEMÍ, que se había sentado en el sofá, atendida por JULIO y MARGARITA, se pone en pie.)

JULIO.—Gracias. Y perdonen esta molestia. ¡Vámonos!

(NOEMÍ se lleva una mano a la frente. Vacía.)

MARGARITA.—¡Muchacha!

JULIO.—No es nada. No se preocupen. El hígado. Le ocu-



re a veces. No es nada. Sólo necesita un poco de aire.)

(SIMÓN se aterra.)

SIMÓN.—¡No! ¡No!

ENRIQUE.—Sí, hombre, que se siente un ratito en el sillón.

SIMÓN.—¡No, imbecil, no!

MARGARITA.—Pero si la chica lo necesita...

SIMÓN.—¡Que no!

MARGARITA.—Abre el ventanal para que entre aire.

SIMÓN.—Eso. Y para que yo me muera de frío. ¡Que no!

MARGARITA.—Pero, Simón, si hace un momento estabas protestando del calor que hacía.

SIMÓN.—(Subiéndose el cuello de la americana.) Pues ahora estoy helado, ea. A ver si no tengo yo derecho en mi casa a tener frío y calor cuando me parece.

ENRIQUE.—(Cogiendo. A SIMÓN.) ¿En la terraza?

SIMÓN.—Y contemplando el paisaje.

ENRIQUE.—¡Jesús!

NOEMÍ.—Déjenlo. Ya me siento mejor.

JULIO.—Ahora mismo te acuestas. ¡Majadera!

NOEMÍ.—No te enfades conmigo, Julio. ¡Te juro que lo he visto... te lo juro! Balanceándose.

(*Hucen mutis. MARGARITA les acompaña.*)

SIMÓN.—(Tomando la llave de la herradura que hay detrás de la puerta.) ¡Vamos! Yo me encargaré del montacargas. ¡De prisal!

ENRIQUE.—A Amberes, ¿no?

SIMÓN.—A Amberes. ¡Espera!

(*MARGARITA vuelve.*)

MARGARITA.—(Cerrando la puerta.) Lo que has hecho con esa chiquilla no tiene nombre, Simón.

SIMÓN.—Está bien. No me cae simpática.

MARGARITA.—El novio iba muy serio. Le había sentado mal tu actitud. Se veía claramente.

SIMÓN.—Está histérica.

MARGARITA.—Aun así.

SIMÓN.—(Buscando un pretexto para echar a ENRIQUE.)

¿Cómo andamos de pan?

MARGARITA.—Bien.

SIMÓN.—¿Y fruta?

MARGARITA.—¡Hay!

SIMÓN.—Bueno, pero sardinas...

MARGARITA.—Dos latas.

SIMÓN.—(Furioso.) Pues salchichás. Enrique va a bajar por salchichas al bar.

MARGARITA.—Pero sí...

SIMÓN.—Va a bajar por salchichas y ya está. Te subes una lata.

ENRIQUE.—Sí, Simón. Una lata de Amberes... digo, de salchichas. Inmediatamente.

SIMÓN.—¡Vivo!

(*ENRIQUE desaparece. MARGARITA mira fijamente a SIMÓN.*)

MARGARITA.—Simón... ¿por qué dijo esa chiquilla que vió un muerto... un muerto precisamente?

SIMÓN.—¡Qué sé yo!

MARGARITA.—Podría haber visto otra cosa... un alboroz, por ejemplo. Una lámpara de pie. ¿Por qué un muerto?

SIMÓN.—Cómo quieres que yo lo sepa.

MARGARITA.—(Con una adorable lógica femenina.) Simón, a mí eso del muerto me huele a que te has cansado de mí.

SIMÓN.—¡Margarita, por Dios!

MARGARITA.—No he hecho nada para eso. Hasta cierto punto, soy una esposa modelo. Soy buena, obedien-



te. Gasto ropa interior cara. Soy más bien tirando bruta... ¿Qué marido no estaría orgulloso?

SIMÓN.—(*Impaciente.*) Y lo estoy, Margarita.

MARGARITA.—Mejor será que no me ocultes nada. Po el bien de los dos. Sobre todo, Simón, nada de injerres. Sabes que no podría perdonarte eso. ¿Ha alguna...?

SIMÓN.—(*Desesperado.*) ¡No! No hay ninguna, caramba! Vete con las patatas y déjame un momento!

MARGARITA.—Sí. Abre ese ventanal. Nos vamos a asfixiar

(*Margarita hace mutis por la derecha. Simón abre la puerta del foro. ENRIQUE en el umbral.*)

SIMÓN.—¡Aaaaay!

ENRIQUE.—¿Qué te pasa?

SIMÓN.—Que me has dado un susto tremendo. ¿Qué ocurre ahora?

ENRIQUE.—Que esta no es la llave del portal.

(*Se la entrega.*)

SIMÓN.—(*Meréndola.*) Como que es la del armario.

ENRIQUE.—Entonces la del portal...

SIMÓN.—Puesta en el armario.

ENRIQUE.—¿Voy a...?

SIMÓN.—No. A ella no le preguntas. Te dirá que si la llave del portal abre el armario, debe estar en el armario, porque hay que suponer que la del armario abra el portal. ¡Maldita sea!

ENRIQUE.—¿Qué hago?

SIMÓN.—Ayúdame a sacar a Dupont. Ya veremos cómo arreglamos lo otro.

(*Abren el ventanal, en el momento en que JULIO saca a NOEMÍ, mareada, a la otra terracita.*)

JULIO.—Ánda, áspira fuerte. ¡Ya verás cómo se te pasa Simón.—¡Dios mío!

ENRIQUE.—¡Estamos perdidos!

SIMÓN.—¡Sientate ahí! Pronto! (*Se sientan los dos junto a Dupont de espaldas éste al público. SIMÓN comienza a darle golpes en la espalda.*) ¡Vaya! ¡Vaya con don Segismundo! ¡Tan callado como siempre! Que no hay quien le arranque una palabra!

ENRIQUE.—¡Pillín!

(*Por la derecha salen MARGARITA y BRIGETTE. Claro está, se quedan extrañadísimas al ver a sus maridos con otro señor en la terracita.*)

SIMÓN.—¡Segismundo! ¡Tío grande! No te hagas el dormido, que te conozco.

ENRIQUE.—¡Segismundón!

(*NOEMÍ se ha quedado mirando a Dupont y lanza un grito.*)

NOEMÍ.—¡Ese es! ¡El que se balanceaba! ¡Míralo! (*Dupont se vence hacia adelante. Enrique lo detiene a duras penas.*) ¡Policiaaaa! ¡Policiaaaa!

SIMÓN.—¿Cuántos metros hay de aquí a la calle?

ENRIQUE.—¿Vas a tirar a Dupont?

SIMÓN.—¡Me voy a tirar yo!

(*Margarita y Brigitte ahogan un grito al ver a Dupont. Cierran el ventanal.*)

MARGARITA.—Simón... ese hombre... ¿Tú?

SIMÓN.—Margarita...

MARGARITA.—¿Discuísteis de fútbol?

BRIGETTE.—Enrique... ¿qué significa ese cadáver aquí con vosotros?

SIMÓN.—Margarita, escucha, tienes que ayudarme.

MARGARITA.—¿Cuál de los dos le ha matado? ¡Venga!

¡Sin vanidades tontas! ¿Quién ha sido?

SIMÓN.—¡Margarita, por la Virgen!



MARGARITA.—Yo estoy a tu lado, amor mío. Hayas hecho lo que hayas hecho. Mujeres... ni una; pero hombres puedes matar los que quieras.

SIMÓN.—¡Pero, Margarita, escuchai!

(Golpes en la puerta. Voces de: "¡Abran, de prisa! ¡Abran la puerta!") NOEMÍ sigue con sus gritos. ENRIQUE coge su novela policíaca, desespeñado, entreabre el baúl y dice a SIMÓN, metiéndose dentro.)

ENRIQUE.—¡Avisame cuando nos hayan condenado a muerte!

## TELÓN

## SEGUNDO ACTO

## CUADRO PRIMERO

El mismo decorado. Ha pasado una hora.

(En el sofá, sentados frente al público, SIMÓN, MARGARITA, BRIGETTE y ENRIQUE. El mismo gesto en todos. Aburrimento tal vez. E idéntica postura: el brazo derecho doblado por el codo, éste sobre la rodilla y la mano sirviendo de apoyo al mentón. Tras ellos ANDRÉ, un agente, leyendo avidamente el periódico. Rostro impersonal. DUPONT ha desaparecido.)

SIMÓN.—(Sin moverse.) Enrique.

ENRIQUE.—(Igual.) ¿Qué?

SIMÓN.—Dame un cigarro.

ENRIQUE.—No tengo.

SIMÓN.—Vaya.

ENRIQUE.—Espera. Brigitte.

BRIGETTE.—¿Qué?

ENRIQUE.—Dame un cigarro...

BRIGETTE.—Hace veintinueve años, tres meses y diez días que no fumo. Aguarda; Margarita,

MARGARITA.—Sí.

BRIGETTE.—Dame un cigarro.

MARGARITA.—Simón.

SIMÓN.—¿Qué?

MARGARITA.—Dame un cigarro.

SIMÓN.—(A ANDRÉ.) ¿Un cigarrillo? Gracias.



(ANDRÉ sin decir palabra le ofrece uno. SIMÓN se lo entrega a MARGARITA.)

MARGARITA.—(Dándoselo a BRIGETTE.) Ten.

BRIGETTE.—(Entregándoselo a ENRIQUE.) Toma.

ENRIQUE.—(A SIMÓN.) ¿Eh? ¡Ahí va!

SIMÓN.—(Cogiéndolo.) ¡Gracias.

(Lo enciende y lanza un par de bocanadas. Una pausa.)

MARGARITA.—(De pronto.) ¿Dejan entrar tartas?

SIMÓN.—¿Dónde?

MARGARITA.—En la cárcel.

SIMÓN.—¡Margarita, por Dios!

ANDRÉ.—Procuren hablar lo menos posible. Ya han oído al comisario.

MARGARITA.—¿Es que va a volver ese horrendo policía?

ANDRÉ.—En cuanto interroge al portero.

MARGARITA.—Pero...

ANDRÉ.—Permanezcan callados. Quiere interrogarles otra vez.

(Un silencio.)

MARGARITA.—(En un susurro.) Estáte tranquilo, que en el primer paquete te mando bicarbonato.

SIMÓN.—Margarita, es preciso que...

MARGARITA.—Si no tienes nada que explicar, tonto. Has matado a un señor. Bueno... ¿y qué?

SIMÓN.—Oye, Margarita. Por una vez en tu vida es necesario que tengas juicio.

MARGARITA.—¿Te parece poco juicio el que te van a armar a tí?

SIMÓN.—Debemos ponernos de acuerdo. Tú eres la única a quien no ha interrogado aún. Hay que declarar.

MARGARITA.—Respecto a eso, estáte tranquilo. ¿Te acuerdas de cuando aquel policía me preguntó por el ve-

cino de arriba, que ponía la radio a las dos de la madrugada y nos quejamos?

SIMÓN.—Vida mía, por favor...

MARGARITA.—Que le armé tal lío que terminaron deteniendo al vecino por espía británico.

SIMÓN.—Oye...

MARGARITA.—No te preocupes. Voy a construirte una coartada perfecta. No va a saber por donde se anda. ¡Ya conoces mi imaginación!

SIMÓN.—¡Dios santo! Margarita...

MARGARITA.—¿Sabes por qué has matado a ese caballero?

Por dejarte solo. Eso es. Los hombres en cuanto os quedáis solos, no hacéis más que tonterías. Acuerdate del verano pasado. La primera noche que te quedas solo, rompes la nevera.

SIMÓN.—¡Margarita... por la Virgen!

ANDRÉ.—¡Silencio! ¡O les separo definitivamente!

MARGARITA.—Brigette.

BRIGETTE.—¿Qué?

MARGARITA.—Es el último año que dejamos a estos dos pintas solos.

ENRIQUE.—Sí, porque nos metemos en juerga y...

SIMÓN.—¿Vas a escucharme de una vez?

ANDRÉ.—Está bien. Señora, por favor. (Coge a MARGARITA.) Tiene la bondad.

MARGARITA.—¿De qué?

ANDRÉ.—De meterse en el dormitorio hasta nuevo aviso.

MARGARITA.—Yo no abandono a mi marido.

ANDRÉ.—Bueno. Pero no le abandone luego. Ahora, al cuarto. (A BRIGETTE.) ¿Quiere usted irse a la cocina?

BRIGETTE.—Oiga, groserías a mí...

ANDRÉ.—Hágame el favor. En seguida las llaman.

MARGARITA.—Quisiera saber qué ley puede ordenar a una mujer que no esté junto a su marido.

SIMÓN.—Margarita... vas a terminar de estropearlo todo.

Espera en el dormitorio.

MARGARITA.—(A ANDRÉ.) Ve usted, mandándole el mari-



do, ya es otra cosa. *(Terminante.)* ¡No voy al dormitorio!

BRIGETTE.—Ni yo a la cocina, por supuesto.

ANDRÉ.—Oigan...

MARGARITA.—El hecho de que mi marido haya matado a un hombre, no significa que se le deba tratar como a un criminal o cosa parecida. No estoy dispuesta a...

*(Aparición en el foro del Inspector HILARIO CERVELLE. Es más bien tarde de comprensión, se hace un ho con las declaraciones y, a pesar de sus cincuenta años, comete torpezas infantiles.)*

CERVELLE.—André... el portero miente.

ANDRÉ.—Sí, señor Inspector?

CERVELLE.—Sí. Ha dicho que trabajaba mucho.

ANDRÉ.—¡Ah!

CERVELLE.—Métete con la portera, en el mejor sentido, a ver si sacas algo en limpio.

ANDRÉ.—Sí, señor.

CERVELLE.—Y me lo traes apuntado. Nada de dejarlo a la memoria. Lápiz y papelito. Si no tienes, lo pides.

ANDRÉ.—¡De acuerdo!

*(Sale por el foro, dejando la puerta entreabierta.)*

CERVELLE.—Los caballeros sobran.

MARGARITA.—Depende en qué momentos.

CERVELLE.—Andando. Usted a la cocina.

ENRIQUE.—*(A BRIGETTE.)* Tú y yo debemos tener cara de criados de antes de la guerra europea.

CERVELLE.—Y usted a su cuarto. En seguida, les llamo.

BRIGETTE.—Con mi marido.

CERVELLE.—Déjelo usted un ratito solo, que le vendrá bien. Separados.

SIMÓN.—Inspector, yo quisiera...

CERVELLE.—A su cuarto.

SIMÓN.—Usted no conoce a mi mujer.

CERVELLE.—¿No es esta señora?

SIMÓN.—Por favor, Inspector. Después de un cuadro de Dalí es lo más extraño que se puede encontrar. No debe...

CERVELLE.—¡A su cuarto!

SIMÓN.—No. Tiene usted que oírme antes a mí.

MARGARITA.—La verdad: no sé por qué.

SIMÓN.—Margarita, por favor. Puedes ocasionar una catástrofe.

CERVELLE.—¿Ya usted o le llevo?

SIMÓN.—*(Con un suspiro.)* ¡Voy! *(Abraza a MARGARITA. Entre dientes.)* Margarita... ten cuidado, yo...

MARGARITA.—*(Igual.)* Esté tranquilo. Por mí no sabrá nada. ¡Ya verás qué coartada! Dame un beso. *(Se besan.)* ¿Se me olvida algo? ¡Ah, sí! Que te quiero.

SIMÓN.—Bueno. Gracias.

ENRIQUE.—*(Al mutis.)* Ya sabes quien es el segundo muerto.

SIMÓN.—Sí. El Inspector.

*(Mutis de BRIGETTE, ENRIQUE y SIMÓN. CERVELLE los ve marchar. Se vuelve a MARGARITA.)*

CERVELLE.—¡Siéntese! *(MARGARITA se sienta con los pies juntos y las manos sobre las rodillas. Hilario marca un número al teléfono. Mientras se saca de su bolsillo un sobre que contiene bicarbonato, echa un poco en un vaso, llena éste de agua y revuelve: el líquido con la estilográfica.)* Oiga. ¿Depósito? Con Broulard, soy Cervelle. ¿Cómo lleváis eso? La nuca, sí. Ya lo he visto. Daos prisa con ese informe. ¡Chicos que autopistas hacéis vosotros! Yo creo que os entretiene. Sí. Dile al doctor que se de prisa. Eso. Dile que es para mí. Me llamas 15-20-71. ¿El estómago? Mejor. Gracias. *(Cuelga.)* Bueno. ¿Qué sabe?

MARGARITA.—*(Muy de prisa.)* Muy poco. Pero no tengo yo la culpa. Fue mi padre que me consintió demagogado. «Esta niña no quiere estudiar. Federico».



«Pues que no estudie». «Esta niña no quiere aprender inglés». «Pues que no lo aprenda».

CERVEILLE.—Oiga...

MARGARITA.—(Como un torbellino.) Y si es el piano. Mamá decía delante de las vistas: «Margarita toca muy bien el piano. Anda, Margarita, toca el piano». Y entonces iba yo y ponía un dedo en la tapa.

CERVEILLE.—Oiga...

MARGARITA.—Y de guisar... «hony soit qui mal y pense». Del huevo frito no paso. Claro, que todos los días encargo un pedido a la tienda. Veintiseis latas. No se puede usted figurar lo socorridas que son las cosas. Yo tengo una amiga en el Havre, que se casó con un chico que se llama Benito Rodríguez, no sé por qué...

CERVEILLE.—(Furioso.) ¡Cállese! ¡Cállese de una vez!

MARGARITA.—Como me ha preguntado...

CERVEILLE.—Le he preguntado qué sabía.

MARGARITA.—Y por eso...

CERVEILLE.—Y por eso no me tiene que recitar el quinto de Bachillerato. Usted se había ido... ¿no?

MARGARITA.—¿Me había ido?

CERVEILLE.—Cuando entré me lo dijo.

MARGARITA.—¡Ah, sí! Es cierto. Al campo. A Chateau Blanch.

CERVEILLE.—Pero volví.

MARGARITA.—Sí.

CERVEILLE.—Porque se le olvidó la llave del hotelito.

MARGARITA.—Sí.

CERVEILLE.—Y dejó las maletas en consigna.

MARGARITA.—¡Cuánto sabe usted, Hilario!

CERVEILLE.—(Festivo.) Llámeme Inspector o señor

Cerveille. (Una pausa. Apunta algo en un block. De pronto, incisivo.) ¿Cómo marcha con su marido?

CERVEILLE.—Digo que si se llevan bien.

MARGARITA.—Como todos los matrimonios.

CERVEILLE.—(Apuntando.) Se llevan mal. (A MARGARITA.)

¿Le ha dirigido alguna vez algún reproche?

MARGARITA.—No le he dado tiempo. Cuando va a decir algo, me pongo a hablar yo y...

CERVEILLE.—Comprendido. (Le muestra un papel.) Su marido suscribió esta póliza de seguros.

MARGARITA.—A todo riesgo.

CERVEILLE.—Cinco millones.

MARGARITA.—Una pochez.

CERVEILLE.—¿Qué opina del muerto?

MARGARITA.—Era feísimo.

CERVEILLE.—La primera vez que lo veía, claro.

MARGARITA.—¡Claro! (De pronto.) Es decir...

CERVEILLE.—Es decir, ¿qué?

MARGARITA.—Lo he visto antes.

CERVEILLE.—¿Dónde lo vio?

MARGARITA.—En Roma. Una noche.

CERVEILLE.—¡Vaya! Va saliendo. ¿Y qué más?

MARGARITA.—(Dramática.) Fue horrible. Se lo advirtió

al conde.

CERVEILLE.—¿Qué conde?

MARGARITA.—El conde.

CERVEILLE.—¡Ay! Hay un conde.

MARGARITA.—Hay muchos.

CERVEILLE.—¿Un conde español?

MARGARITA.—Naturalmente. ¿Concibe usted un conde veneciano?

CERVEILLE.—¿Qué es lo que advirtió el conde?

MARGARITA.—(Con dramatismo.) Le dijo. Te me cepillo.

Pase lo que pase, te me cepillo.

CERVEILLE.—Usted salga con el muerto.

MARGARITA.—Sí. Hotel Torna Sorrento. Orientazione mezzogiorno, cámara otanta sei. Pero estaba en el ajo la hermana.

CERVEILLE.—La hermana del conde.

MARGARITA.—La hermana del muerto.

CERVEILLE.—Ya.

MARGARITA.—Que fue acompañada del hijo.

CERVEILLE.—Del hijo del muerto.

MARGARITA.—Del hijo del conde. (El Inspector se limpia el sudor con el pañuelo.) Ella le dijo: «Sé que im-



rirás. Pero hay más cosas en el mundo. Ten calma Joe». Se llamaba Joe. Entonces el negro que era primo de Joe, pero estaba casado con la madre del conde, se puso nervioso. La hermana que era hija y prima de un turco, porque tenían distinta madre ella y el muerto, le lanzó una puñalada al conde.

CERVEILLE.—Y le dió al negro.

MARGARITA.—A un camarero. Pero no le hizo nada. De todo esto se deduce que el negro tenía interés en matar a Joe y que se puso de acuerdo con el conde. Lo siguieron hasta aquí y acabaron con él. Mi marido no es culpable de nada.

CERVEILLE.—(Fatigado, sudoroso.) Si acaso, de haberse casado con usted.

MARGARITA.—¿Decía...?

CERVEILLE.—Nada, nada... Recapitulemos. Corrijame, si me equivoco. El muerto se llama Joe y su padre es camarero de un conde, y está casado con la hermana de su hijo, que es negra.

MARGARITA.—¡No, no, no!... El negro es primo de un conde que se llama Joe y es camarero de una muchacha que...

CERVEILLE.—(Dando un golpe en la mesa.) ¡Bastaaa!

¡Oiga!... ¿Sabe lo que hacemos con los encubridores?

MARGARITA.—¿Les obligan a fumar tabaco español?

CERVEILLE.—La cárcel y judías a la bretona seis años y un día. ¿Qué hay del negro, digo de Joe... ¡maldita sea!... de Roma?

MARGARITA.—Lo conocí allí.

CERVEILLE.—¿Se amaron?

MARGARITA.—¡Qué se ha creído! Yo soy una mujer decente. Y las mujeres decentes no engañamos al marido en Roma. Lo engañamos en casa.

CERVEILLE.—¿Cómo se llamaba el conde?

MARGARITA.—Alejo de Rocamora.

CERVEILLE.—¿Juró matar al muerto?

MARGARITA.—Sí. Se lo aseguro.

CERVEILLE.—¿Y el negro?

MARGARITA.—Era familiar. Joe le debía dinero. El negro

que, fuese que tontería, tenía las manos negras, lo golpeo.

CERVEILLE.—¿Vió usted a Rocamora o al negro aquí?

MARGARITA.—Al negro. En un bar.

CERVEILLE.—¿Algo más?

MARGARITA.—Sí. Me parece que he visto algo de mucho interés, pero no me acuerdo.

CERVEILLE.—(Fastidiado.) A lo mejor ha sido un modelo de Dior.

MARGARITA.—No, no. Era una cosa así, para policías, y que lo solucionaba todo. Pero no me acuerdo de qué es. Cuando yo no me acuerdo de una cosa, me pongo insupportable.

CERVEILLE.—Y acordándose.

(ANDRÉ en la puerta.)

ANDRÉ.—El portero dice que él, en cuanto deja de estar sentado en la portería, se acuesta. Y ella estaba oyendo la radio. Nada en limpio.

CERVEILLE.—Localízame a este tipo. (Le tiende un papel que arranca del block.) Interroga otra vez a la muchacha que descubrió el cadáver. ¡Eh! Salgan ustedes. Usted, señora, méfase en la alcoba y duerma un rato. Después hablaremos.

(Sale SIMÓN. MARGARITA le da un beso y le suelta la surra al oído.)

MARGARITA.—¡Tranquilo, Simón! Lo he arreglado todo.

(Y hace mutis por el lateral izquierdo. ANDRÉ desapareció por el foro. El Inspector señala el sofá a SIMÓN. Se sientan.)

CERVEILLE.—Señor Aldebert.

SIMÓN.—A su disposición.

CERVEILLE.—Deme una cañaspirina.

SIMÓN.—No tengo.



CERVEILLE.—Se le habrán acabado, porque usted las debe usar por toneladas.

SIMÓN.—Sí. Se me han acabado. La última se la llevó la vecinita.

CERVEILLE.—Gracias de todos modos. Voy a interrogarle por última vez. Tiene la ocasión de cantar de plano. Aprovéchela.

SIMÓN.—Señor Inspector, es preciso que...

CERVEILLE.—¡Hablo yo! (*Tras una pausa, incisivo.*) ¿Qué me dice del negro?

SIMÓN.—¿Eh?

CERVEILLE.—Sí: del negro.

SIMÓN.—(*Perplejo.*) Pues así mucho no lo entiendo.

CERVEILLE.—Prefiere que hablemos del conde.

SIMÓN.—¿Del conde?

CERVEILLE.—Exacto.

SIMÓN.—¿Del de Montecristo?

CERVEILLE.—(*Con intención.*) Hotel Torna Sorrento.

Orientazione mezzogiorno. Camera ottanta sei.

SIMÓN.—Muy bien. Pues para usted la perra gorda.

CERVEILLE.—La hermana del muerto. En Roma.

SIMÓN.—(*Confundiendo la abusión.*) ¡Ah! Lo sabe usted ya.

CERVEILLE.—Sí. Y no me pregunte cómo. ¡Conteste!

SIMÓN.—Bueno... no era la hermana.

CERVEILLE.—¿Ah, no?

SIMÓN.—Era su hermana, pero menos.

CERVEILLE.—De padre.

SIMÓN.—Y muy señor mío.

CERVEILLE.—Vamos. La novia.

SIMÓN.—Eso. Le daba dinero.

CERVEILLE.—¿Y qué pasa con Roma?

SIMÓN.—Bueno, pensábamos rematar la juerga allí, en un reservado.

CERVEILLE.—(*Asombrado.*) Y para rematar una juerga se va usted a Roma.

SIMÓN.—¡Es que como los reservados de Roma!

CERVEILLE.—Usted es un sibarita.

SIMÓN.—Conozco al camarero...

CERVEILLE.—(*Conectando.*) ¡Ah! De modo que el camarero...

SIMÓN.—Sí. ¿Qué pasa? Es amigo.

CERVEILLE.—¡Amigo! Y el muerto le dio una puñalada al camarero por dársela al negro. (*Muy contento.*)

Todo va encajando, todo va encajando.

SIMÓN.—(*Tras pensar un instante.*) ¿Usted el ingreso en el cuerpo lo aprobó a la primera?

CERVEILLE.—A la segunda.

SIMÓN.—Por recomendación.

CERVEILLE.—Solito. ¿Qué pasa?

SIMÓN.—No, no, nada, nada.

CERVEILLE.—Voy a decirle lo que ocurrió. Durante su estancia en Roma, el camarero le metió en un llo.

Se hicieron compinches. El muerto apuñaló al ca-

marero y usted juró vengarlo. (*Simón intenta hablar,*

pero CERVEILLE no le deja.) Llegado aquí, citó al

muerto y con cualquier pretexto lo mató. ¿Estamos de acuerdo?

SIMÓN.—No.

CERVEILLE.—¿Qué pasó en Roma?

SIMÓN.—¿Pero a qué Roma se refiere?

CERVEILLE.—¿A cual va a ser? A esa que sale en todas las películas.

SIMÓN.—Hay una confusión. Yo decía «Casa Roína», el

cabaret que hay en las afueras.

CERVEILLE.—¿Que usted no ha estado en Roma?

SIMÓN.—No, señor Inspector. El único ser humano. Me

querían hacer un homenaje.

CERVEILLE.—Oiga... su mujer.

SIMÓN.—¿Pero usted le hace caso a mi mujer?

CERVEILLE.—Hombre, no estando casado con ella, no

veo por qué no.

SIMÓN.—Es una buena chica y la quiero. Pero está como un piano, hiliarto.

CERVEILLE.—(*Fastidiado.*) Llámeme Inspector o señor

Cerveille, oiga.

SIMÓN.—¿Quiere saber la verdad?



CERVEILLE.—(*Harto ya.*) Sí. Pero díganla despacio que me aturullo.

SIMÓN.—Sé que la verdad resulta muy difícil de creer. Pero la realidad es que ese hombre se mató al tropezar en el umbral de la puerta del ropero. Déjeme que le explique. Este accidente —o falso crimen— empezó porque yo quería un planete.

CERVEILLE.—¿Eh?

SIMÓN.—Sí, un planete de verano. ¿Puedo contar con su confianza?

CERVEILLE.—¡Claro!

SIMÓN.—¿No dirá nada a mi mujer, pase lo que pase?

CERVEILLE.—Tienen que pasar cosas muy gordas.

SIMÓN.—Una cosa es que lo metan a uno en la cárcel y otra tener una bronca con mi mujer.

CERVEILLE.—¿Impulsiva?

SIMÓN.—Arroja objetos.

CERVEILLE.—Vulgar.

SIMÓN.—Y habla.

CERVEILLE.—Eso ya es peor.

SIMÓN.—¿Un sorbito de bicarbonato?

(*CERVEILLE le tiende el vaso.*)

CERVEILLE.—¿Duodeno?

SIMÓN.—Píloro. Úlcera.

CERVEILLE.—¿Pegada a cabeza de páncreas?

SIMÓN.—Sencilla.

CERVEILLE.—¿Ha probado el Digesto-Marchan?

SIMÓN.—No.

CERVEILLE.—Una seda.

SIMÓN.—Lo apuntaré.

CERVEILLE.—Decía...

SIMÓN.—Que facturé a las señoras para Chateau-Blanch. Me proponía jugarnearme esta noche y llamé a una

vieja amiga... Su «hermano» debió oír la conversación. Se presentó aquí, para hacerme objeto de un chantaje. Discutimos. Le amenacé.

CERVEILLE.—Con una de las palas.

SIMÓN.—Con una botella de leche que había en la mesita. Trató de refugiarse en el ropero y...

CERVEILLE.—No le creo una palabra. Es usted de esos hombres que llegan fácilmente al asesinato.

SIMÓN.—Escuche, inspector. Yo puedo ser un asesino.

Todos podemos serlo. Usted mismo.

CERVEILLE.—¿Qué risa!

SIMÓN.—Ni mucho menos. ¿Recuerda el crimen de Pottus, el de Dominici? ¿El asesinato de los Drummond?

CERVEILLE.—Sí.

SIMÓN.—Fue usted.

CERVEILLE.—Amigo mío...

SIMÓN.—Se encontraron los cadáveres del padre, la madre y la hija. ¿Pero y las dos niñas que vieron el crimen, gritaron y después desaparecieron sin dejar rastro?

CERVEILLE.—¿Había dos niñas?

SIMÓN.—Las que vieron cometer el crimen.

CERVEILLE.—¿Qué bien! ¿Y por qué?

SIMÓN.—Los Drummond sabían lo de Ninette.

CERVEILLE.—¿Qué?

SIMÓN.—Aquel servicio que usted dejó de hacer por Ninette, ella esperaba en su saloncito, lleno de candelas y porcelanas de Limoges. Usted se quedó con Ninette. Y los Drummond le vieron.

CERVEILLE.—¿Cómo?

SIMÓN.—Buscaban alojamiento. La pensión del piso bajo.

Aquel maldito balcón daba al patio. Usted líquido entraron en Prefectura a denunciar el asesinato las recibió usted mismo. ¿Qué ocasión! Los dos únicos seres que por una imprudencia podían arruinar su carrera.

CERVEILLE.—Y si las matara me hacían Presidente de la República.

SIMÓN.—Usted no es tonto. Se continuó. Las llevó luego al campo. Cerca del río Bord. Apretó suavemente Murieron.

CERVEILLE.—(*Con los ojos fuera de las órbitas.*) ¿Las estrangulé?



SIMÓN.—A una. A la otra la golpeó con una piedra en la cabeza. ¡Al fin libre! ¡Al fin impune!

CERVEILLE.—¡Pero las encontrarían!

SIMÓN.—No. Debajo del puente del río Bord. Las enterró.

CERVEILLE.—¿Con qué?

SIMÓN.—Llevaban un cubo y una pala. Enterró después el cubo y la pala con ellas. Fue largo, pero se hizo.

CERVEILLE.—(Verdaderamente criminoso.) ¡Dios mío!

SIMÓN.—¡Ah, señor Inspector! Demuestre usted que no es un asesino. Demuéstrelo cuando el Destino se empeña en que lo parezca.

CERVEILLE.—¿Qué significa, entonces, esa historia del negro y del camarero?

SIMÓN.—No lo sé.

CERVEILLE.—Su mujer dijo...

SIMÓN.—Quise advertirle de cómo las gastaba mi mujer. Ya se lo he dicho. Con todos esos cuentos, sólo pretendía buscarme una coartada.

CERVEILLE.—(Dando un puñetazo en la mesa.) ¡Coartada que no hay forma humana de encontrarle!

SIMÓN.—Acuérdese de las niñas.

CERVEILLE.—¡Acuérdese de la porra! Ustedes me han visto y se han dicho: Ese policía es tonto y se llama Hilario, que siempre resulta gracioso. A guasearnos de él.

SIMÓN.—Le juro por Dios que todo cuanto dije es la verdad.

CERVEILLE.—¡Pruébelo!

SIMÓN.—Pruebe usted lo de las niñas.

CERVEILLE.—¡Ay, madre, qué tío! A usted lo voy a detener por posma.

SIMÓN.—No lo puedo probar. Pero no maté a ese hombre.

Me limité a asustarlo.

CERVEILLE.—Con una botella de leche.

SIMÓN.—Sí.

CERVEILLE.—¿Dónde está?

SIMÓN.—Ahí.

(Señala la mesita, pero no hay nada.)

CERVEILLE.—(Burlón.) Se evaporó, ¿eh?

SIMÓN.—(Desconcertado.) Si no puede ser. Alguien la ha cogido.

CERVEILLE.—No ha existido nunca.

SIMÓN.—Sí, se lo juro. ¿Para qué iba yo a inventar eso?

CERVEILLE.—A usted le dejan suelto e inventa un aparato para planchar las corbatas inarrugables.

SIMÓN.—Le repito que alguien se la ha llevado.

CERVEILLE.—Para vender el caso.

SIMÓN.—(Cogiéndole de las solapas.) Hilario, alguien quiere que usted me crea el asesino de ese nombre.

CERVEILLE.—¡Paparruchas!

SIMÓN.—Déjeme pensar. Cuando se llevaron a Dupont, esta habitación estuvo sola un par de minutos. Cualquiera pudo entrar y llevarse la botella.

CERVEILLE.—Mire. Yo soy de Gobentaina, distrito de Picardía. Allí, para hacernos los graciosos, le ponemos un cohete a las viejas en el asiento. ¡Diablo de tipo! ¿Para qué quería nadie una botella de leche?

SIMÓN.—Eso es lo que quisiera saber. Pretenden llevarme a la cárcel para toda la vida. Pero aún tengo mucho que hablar.

CERVEILLE.—Si usted habla, a quien llevan a la cárcel es a mí.

(Por el foro ANDRÉ.)

ANDRÉ.—Nada nuevo, jefe. Sostienen lo que dijeron en un principio.

CERVEILLE.—Llama al triste. Y no te pongas a leer periódicos cuando estemos investigando, que hace de risa.

ANDRÉ.—Sí, señor Inspector. (Se guarda el periódico que había desplegado y acude a la izquierda.) ¡Usted!

¡Usted! Salga, haga el favor.

SIMÓN.—(Amelante.) Tiene que darme tiempo. Esto se complica de forma tremenda, Hilario.

CERVEILLE.—¡Cálllese! ¡Y no me llame Hilario!



(ENRIQUE ha aparecido en la izquierda.)

SIMÓN.—(Cogiéndole de las solapas.) Enrique, hay algo tremendo en todo esto. No puedes figurarte.

ENRIQUE.—(Deprimidísimo.) ¿Treinta años o nos afel-tan en seco?

SIMÓN.—¡Enrique, tienes que ayudarme!

CERVELLE.—Déjelo en paz. Por última vez, caballero.

¿Tiene usted algo más que decir?

ENRIQUE.—(Muy triste.) Sí. Han cortado el agua y tengo sed.

CERVELLE.—Conteste. Está usted en trance de ir para toda su vida a la cárcel.

ENRIQUE.—(Dejándose caer en el sofá.) No podía ser, Inspector. A mí no me sale un plan de veranó ni a tiros, reto, demonio, ya hasta que maten a un señor... me parece demasiado. La próxima vez que busque plan, aterrizan los marciales.

SIMÓN.—Escucha, Enrique. Trata de recordar.

CERVELLE.—¡Callese!

SIMÓN.—No me da la gana. Recuérdalo. Yo puse ahí la botella: ¿que pasó luego? ¿Has visto como alguien la cogía? ¿Lo has visto?

ENRIQUE.—Tengo sed.

SIMÓN.—Enrique, por tus muertos... ¡La botella Yo puse ahí la botella.

ENRIQUE.—Sí.

SIMÓN.—(Irrunfante.) ¡Ah, lo ve! ¡Lo está viendo! (Suena el teléfono. Lo coge Hilarlo.) Hay una botella, Inspector. Lo que demuestra que yo no menta y si alguien la ha cogido...

CERVELLE.—(Vagando el auricular. Amenazador.) Una sola palabra más y le interrogo hábilmente. (Al aparato.) Sí, Broulard. ¿Qué hay? ¿Está eso? ¡Estupendo, hombre! ¿Qué? ¿Pero qué dices? ¡Diablo!... ¡Arrea! ¿Seguro? Está bien. Gracias.

(Cuelga. Mira a SIMÓN desconcertado.)

SIMÓN.—No me diga usted que Dupont no está muerto.

CERVELLE.—Para su designación lo está, amigo mío. Llama a las damas. (Se lo ha dicho a ANDRÉ, que hace una seña en la izquierda.) Muerto y bien muerto. Y esa es su perdición. Perfecto. Ahora es cuando se encaja todo.

(Han salido MARGARITA y BRIGETTE.)

MARGARITA.—(Entre dientes.) ¿Te ha hablado de un negro?

SIMÓN.—Sí, guapa.

MARGARITA.—Está hecho un taco. Be le nota.

CERVELLE.—Acabo de recibir el informe médico y hay un pequeño detalle con el que ustedes no contaban.

(Inquietud.) Ese hombre ha muerto. De acuerdo.

Pero usted no lo mató, Aldebert.

SIMÓN.—¡Ya era hora!

CERVELLE.—No lo mató, por la sencilla razón de que no murió a consecuencia del golpe.

SIMÓN.—¿Qué?

CERVELLE.—Murió envenenado. Cuenta a grandes dosis, disuelta en leche. Un colapso fulminante, mientras estaba sin conocimiento.

SIMÓN.—¡Hilarlo!

CERVELLE.—Usted lo creyó muerto. Lo encerró en el ropero, y mientras discutía con su amigo la forma de sacarlo de casa, Dupont se moría envenenado ahí dentro.

ENRIQUE.—¡Ahí va!

CERVELLE.—Esto nos lleva a terribles consecuencias. Según su declaración, Dupont le pidió coñac. Pero estaba bebiendo leche.

SIMÓN.—Sí.

CERVELLE.—Y usted, enfermo del estómago, la iba a consumir sin ninguna duda.

SIMÓN.—¿Qué quiere usted decir?

CERVELLE.—Quiero decir que el pobre Dupont murió en su puesto, amigo Aldebert. Que, o yo soy muy tonto,



o ese veneno iba para usted y de paso para su amigo. Y que conozco dos personas... dos únicas personas que no hubieran podido beberse la leche y que tenían interés en hacer desaparecer la botella.

SIMÓN.—(*Horrorizado.*) ¡Margarita!

ENRIQUE.—(*Igual.*) ¡Brigitte!

CHEVILLE.—(*Señalando la puerta del foro.*) Las señoras delante.

(MARGARITA y BRIGITTE cambian una mirada de terror.)

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

El telón vuelve a levantarse sobre el mismo decorado.

Han pasado un par de horas.

(*Entra por la derecha SIMÓN, comiendo un trozo de tortilla de patatas, sobre un plato, agudándose con el tenedor. Se vuelve hacia el interior y dice.*)

SIMÓN.—Sal, hombre, sal.

(*ENRIQUE ha aparecido de igual modo. Con su plato, su tenedor y su tortilla.*)

ENRIQUE.—Te dije que terminábamos comiendo tortilla de patatas.

SIMÓN.—(*Tristemente abatido.*) ¿Quieres un poco de champagne?

ENRIQUE.—Si te empeñas.

SIMÓN.—Anda, ábrelo tú. (*SIMÓN se deja caer en la sofá.*)

ENRIQUE se dispone a abrir la botella.) ¡Incomunicadasi! Detrás de unos barrotos. Doña Margarita. Saldagne de Adelbert Hancocort y Flásé de la Penágerie, en una celda. ¡Con ese nombre!

ENRIQUE.—¡Y cabel!

SIMÓN.—Mañana lo sabré toda nuestra buena sociedad.

Me parece estar oyendo a las mujeres: «Fíjate. Margá Adelbert ha querido envenenar a su marido. Qué bobada, ¿verdad? Pues si envenenas al marido, a ver quién paga el teléfono. ¡Las hay que tienen humor para todo!»

ENRIQUE.—Si, va a ser sonado.

SIMÓN.—(*Poniéndose en pie.*) ¡Señor! Si es lógico, si es frotarle a una mujer cinco millones de francos por el moito.



ENRIQUE.—Desde luego.

SIMÓN.—Es un sueldo de doce mil al mes y nos aguantan, que es más difícil que matarlos...

ENRIQUE.—¿Tienes razón?

SIMÓN.—Bueno, ¿qué diablos te ocurre con esa botella?

ENRIQUE.—Parecerá una tontería en estas circunstancias,

Simón, pero me da miedo el ¡puf!

SIMÓN.—Vaya, hombre. Estás hinchándote de ver muertos, te has salvado de la fosa por los pelos y ahora te da miedo el taponazo.

ENRIQUE.—Ya te he dicho que es una tontería.

SIMÓN.—Trae acá. (*Descorcha la botella. Escancia unas copas.*) Bueno, supongo que esto no tendrá nada.

(*Lo huele.*)

ENRIQUE.—¡Huy, huy, huy! Huele a vino.

SIMÓN.—Te advierto que llamar al portero, darle una copita y esperar a ver que pasa...

ENRIQUE.—No sería ninguna tontería.

SIMÓN.—Confíemos en los taponés de la casa Cliquot.

ENRIQUE.—(*Bebe.*) ¿Qué tal?

SIMÓN.—Como siempre. Con burbujitas.

ENRIQUE.—Que Dios me ampare. (*Bebe a su vez.*) ¿Qué les pasará?

SIMÓN.—Asesinato frustrado. Echale quince años.

ENRIQUE.—¡Quince años!

SIMÓN.—Tal vez más. ¡Ah, y qué bien lo tenían planeado las condenadas! Veneno. Y la ausencia forzada. Una llave, sin embargo. Y a volver para convertirse de que todo estaba en orden. ¡Mentudo par de «monstruos»!

ENRIQUE.—¡Y a mí que me son simpáticas!

SIMÓN.—Oye...

ENRIQUE.—Quiero decirte que no puedo odiarlas.

SIMÓN.—Si supieras. Ahora cuando volvíamos de la Prefectura, de verlas allí encerradas, de oír a Margarita insultar a los guardias...

ENRIQUE.—Y de ver a Brigette verteje la tinta en el traje al Inspector...

SIMÓN.—He entrado aquí como todas las noches. He hecho lo de siempre: arrojar las llaves sobre la mesa, aflojarme el nudo de la corbata. Enrique, estuve a punto de llamarla. Me parecía que iba a salir diciéndome, como siempre: «Ha telefonado no sé quién para que vayas a no sé dónde, a no sé qué hora. Pero que no dejes de ir, que es muy importante».

ENRIQUE.—A mí me parece que las queremos.

SIMÓN.—Claro que las queremos. Cuatro años discutiendo con una mujer. A ver quién es el guapo que no le toma cariño.

ENRIQUE.—La verdad, Simón, no me cabe en la cabeza que nadie quiera matarme a mí. Con la poca cosa que soy.

SIMÓN.—Y, sin embargo, hay algo que no encaja, ¿sabes?

ENRIQUE.—¿Que no encaja?

SIMÓN.—Sí. Es como si sobre un sofá donde hay cuatro cojines, alguien quita uno. Entramos. Miramos a nuestro alrededor. Falta algo en la habitación. Algo no está completo. Pero, en un principio, no nos damos cuenta, ¿comprendes?

ENRIQUE.—Sí.

SIMÓN.—Margarita dijo algo, algo muy importante, algo que es decisivo para todo esto. Pero no puedo recordar de qué se trata. Sólo sé que falta un cojín.

ENRIQUE.—¿Y las prójimas?

SIMÓN.—Esa es otra. Son las cuatro y media. No han venido. Ni vienen ya, por supuesto. ¿Y por qué no han venido?

ENRIQUE.—No encontraría a la «Allons enfants».

SIMÓN.—Hay otra explicación.

ENRIQUE.—¿Que se te ha ocurrido a tí?

SIMÓN.—Sí.

ENRIQUE.—No sigas. Son las que mataron al niño de Lindberg y las han cogido.

SIMÓN.—Figúrate qué bonita combinación. Margarita sabía mis devaneos con la Lulú.

ENRIQUE.—Pero si con los celos que ella tiene...



SIMÓN.—Lo sabía y se callaba.

ENRIQUE.—Que lo supiera, bueno; pero callarse... ella. Eso sí que no.

SIMÓN.—Se callaba. Llegado el momento un acuerdo entre la Lulu y ella. Un chantaje al cincuenta por ciento.

ENRIQUE.—¡Qué bruto! Y el hermano de la Lulu.

SIMÓN.—No era hermano de la Lulu. Era hermano de mi mujer.

ENRIQUE.—Y todo eso...

SIMÓN.—Para sacarme dinero.

ENRIQUE.—Simón, no seas iluso. A Margarita, con pedirte lo o quitártelo, si no se lo dabas, le basta.

SIMÓN.—También es verdad.

ENRIQUE.—Con esas teorías tuyas, ¿no puedo uno fiarse de nadie.

SIMÓN.—Y no puede uno fiarse de nadie en determinadas circunstancias. Yo soy un hombre normal, equilibrado. Tomo café con leche. Y he podido ser un asesino. Margarita es una mujer... bueno, no es normal, pero es eso que son todas las mujeres en Francia: casi decente.

ENRIQUE.—Salvo honrosas excepciones.

SIMÓN.—Se cruzaron cinco millones de francos y ya ves: una envenenadora. Yo te puedo estar mintiendo.

ENRIQUE.—No empecemos.

SIMÓN.—El veneno lo puse yo en la leche para matar a ese hombre. Había un chantaje, pero no por la Lulu. Por alguien más, por una vieja que conocí en malos pasos y que maté. Y que he tenido oculta toda la noche debajo del sofá. (ENRIQUE *mira disimuladamente debajo del sofá.*) No. No podemos fiarnos de nadie. Tú, yo, cualquier ciudadano, el más tonto, más santo o más incapaz, puede ser un asesino.

ENRIQUE.—La única solución para tí es la radio.

SIMÓN.—¿Los seriales?

ENRIQUE.—Encenderla, para no oírte.

SIMÓN.—Hay algo que no encaja, Enrique. Y Margarita lo dijo. Margarita lo dijo... estoy seguro.

ENRIQUE.—Lo que te ocurre es lo que a mí. Que no puedes resistirte a que nos quisieran dar el «líquido».

SIMÓN.—Es probable.

ENRIQUE.—Claro que lo es.

SIMÓN.—Tráete una lata de sardinas. Anda. Y pon algún disco.

(ENRIQUE conecta la gramola. "Ramona" vuelve a sonar lentamente. ENRIQUE sale por la derecha. SIMÓN observa los cojines del sofá con detenimiento. Quitá uno, luego otro. Los deja. ENRIQUE entra de pronto por la derecha, despuorrido.)

ENRIQUE.—¡Simón! ¡Simón!

SIMÓN.—¿Qué te ocurre?

ENRIQUE.—¡Dupont!

SIMÓN.—¡Qué estás diciendo...!

(Desconecta la gramola.)

ENRIQUE.—¡Dupont, Simón! ¡Que he visto a Dupont!

SIMÓN.—¡Pero quieres serenarte!

ENRIQUE.—¡Cómo me voy a serenar si he visto a Dupont!

SIMÓN.—¿Dónde?

ENRIQUE.—En la cocina. Tenía calor.

SIMÓN.—¿Cómo?

ENRIQUE.—Sí. Quería abrir la ventana y decíat. ¡UFF!

SIMÓN.—Oye, Enrique. No está el horno para bollos.

ENRIQUE.—¡Dupont! ¡Duponcito otra vez, guapo! ¡A ése no nos lo quitamos de encima!

SIMÓN.—¡Enrique!

ENRIQUE.—¡A ése lo tenemos que meter en el padrón como sobriño!

SIMÓN.—Enrique, estás enfermo. ¿Te das cuenta? Estás viendo visiones. No había nadie en la cocina y nadie quería abrir la ventana.

(Varios papeles que hay sobre la mesa, vuelan.)



*Las cortinas del foro se mueven también a impulsos del viento. SIMÓN lo comprueba pensativo.)*

ENRIQUE.—Ya la ha abierto.

SIMÓN.—Bueno. Voy a la cocina. Estáte aquí quieto. No se te ocurra moverte.

*(SIMÓN hace mutis por la derecha. ENRIQUE se seca el sudor con un pañuelo. Y se deja caer en un sillón. La puerta del ropero comienza a abrirse lentamente. Se detiene cuando ENRIQUE vuelve la cabeza, como presintiendo. Y renueva su marcha luego. Queda unos cinco o diez centímetros abierta. Aparece SIMÓN por la derecha.)*

SIMÓN.—Nadie.

ENRIQUE.—¿La ventana?

SIMÓN.—Sí. Abierta. Pero pude dejarla abierta yo.

ENRIQUE.—Te juro que ví a Dupont de pie, intentando abrirla.

SIMÓN.—Escucha, Enrique. Los muertos no pueden tenerse en pie. Ese es uno de sus encantos. Y muchos menos, cerrar ventanas.

ENRIQUE.—Pero...

SIMÓN.—Dupont no vuelve, Enrique. No puede volver.

He registrado la cocina palmo a palmo. He salido incluso a la terracita del lavadero.

ENRIQUE.—Simón... yo...

SIMÓN.—Tú has visto una sombra reflejada sobre la ventana. Y lo demás lo ha puesto tu imaginación.

ENRIQUE.—¿Qué sombra?

SIMÓN.—La de la nevera.

ENRIQUE.—¿Y hacía «ufff»?

SIMÓN.—Hacia «ssss», porque acababa de ponerse en marcha el motor. *(Lo levanta y le dice seriamente.)* Enrique, estamos en un lío espantoso. Es posible que salgamos retratados en los semanarios de sucesos, con un pie que diga: «Los pichones». Van a encar-

celar a Margarita y Brigette. Es preciso que aguantemos con fuerza, con decisión, incluso... ¿por qué no?, con cierta alegre seguridad.

ENRIQUE.—¿Alegre?

SIMÓN.—Sí Alegre. ¡Fuerza, muchacho! ¡A un lado los pesimismo y las pesadillas!

ENRIQUE.—Tienes mucha razón.

SIMÓN.—Hemos de reconstruir nuestra vida. Hemos de luchar. Estamos solos, Enrique.

ENRIQUE.—*(Con decisión.)* ¡Solo!

SIMÓN.—¡Animo! *(Manotazo al pecho.)* ¡El pecho fuera! *(Saca el pecho ENRIQUE.)* ¡La cabeza erguida! *(Se la levanta tomándolo de la barbilla.)* ¡Los dientes fuera! *(Sonrisa de ENRIQUE.)* Ve a la cocina y tráete la lata.

ENRIQUE.—¡Sin miedo!

SIMÓN.—¡Naturalmente! ¡No pasa nada!

ENRIQUE.—*(Heróico.)* ¿Quieres la llave también?

SIMÓN.—Tráete un abrelatas.

ENRIQUE.—Pues te lo traigo.

*(Hace mutis, sonriente y decidido por la derecha. SIMÓN se acerca al sofá y vuelve a quitar un cojín. Luego se fija en el ropero, se dirige a él y se dispone a cerrarlo. Pero al tocar la puerta, ésta se abre y cae en los brazos de SIMÓN un bulto negro. Se trata de una mujer vieja, más difunta que el Mar Negro.)*

SIMÓN.—¡Dios mío!

*(Se hace con ella. La introduce en el ropero, entrando él a continuación. Una pausa. Sale sudoroso. Se apoya contra la puerta del ropero. Entra ENRIQUE.)*

ENRIQUE.—La lata. Y el abrelatas. ¡Ea! Además, tenías tú razón. La nevera da una sombra como la copa de un pino.



(Y canturrea débilmente una canción.)

SIMÓN.—¡Callate, idiota!

ENRIQUE.—¿Eh?

SIMÓN.—(Nervioso, mirando a todas partes.) ¿A qué viene cantar, majadero?

ENRIQUE.—Pero tú...

SIMÓN.—Enrique... es grave, es muy grave. Me tienes que ayudar a sacarlo.

ENRIQUE.—¿Qué?

SIMÓN.—¡Un cadáver!

ENRIQUE.—¡Venga ya!

SIMÓN.—Una vieja.

ENRIQUE.—Que te conocía de tus malos pasos.

SIMÓN.—Escucha.

ENRIQUE.—Y que la tienes debajo del sofá.

SIMÓN.—No. En el ropero.

ENRIQUE.—El día menos pensado sale de ese ropero el Regimiento de Thol n.º 8.

SIMÓN.—Está ocurriendo algo terrible.

ENRIQUE.—(Como enloquecido.) Lo que está ocurriendo es que me he hartado, ¿sabes? ¡Me he hartado de que me lies!

SIMÓN.—¡Enrique...!

ENRIQUE.—¡Y de que te pases el tiempo imaginando novelas policíacas baratas!

SIMÓN.—Oye...

ENRIQUE.—¡Y de que me asustes, y de que me digas que saque el pecho, para luego encogérmelo! ¡Estoy harto de tí y de tus cosas!

SIMÓN.—Está bien. Tú lo has querido.

(Abre la puerta del ropero y cae el cadáver de la anciana. ENRIQUE, ya insensible, lo ve. Se quita la chaqueta y dice con absoluta normalidad.)

ENRIQUE.—¿Dónde hay que meterlo?

SIMÓN.—¿Te das cuenta? (ENRIQUE, inmóvil, rígido, lanza un grito estentóreo.) ¡Enrique!

ENRIQUE.—¡No! ¡No lo soporto!

SIMÓN.—Pero, Enrique...

ENRIQUE.—¡Tú y tus muertos! No hay quien lo aguanté.

SIMÓN.—Enrique, deja que te explique.

ENRIQUE.—Cada vez que se abre esa puerta es para que aparezca un cristiano pasaportado. ¡Ya está bien! ¿No crees?

SIMÓN.—¡Enrique!

ENRIQUE.—Y además eres la olla a presión. Avisas un momento antes de que esté hecho el guiso.

SIMÓN.—Enrique... esa vieja...

ENRIQUE.—No quiero saber nada.

SIMÓN.—¡Enrique!

ENRIQUE.—Ahora mismo llamo a Hilario y me declaro culpable de algo para que me encierren, a ver si descansan.

SIMÓN.—Escúchame.

ENRIQUE.—Aparte de la verdad ¿qué puedo decir para que me metan en la cárcel?

SIMÓN.—Voy a llamar yo a Hilario ¿entiendes? Yo mismo. Pero luego. (Le arrebató el teléfono que ENRIQUE había cogido y lo va a colgar. Sin embargo le extraña algo y coloca el auricular en su oído. Golpea el interruptor.) No funciona.

ENRIQUE.—Los de la Compañía, que como puedes ser un asesino, te lo han estropeado para que no llames a la policía.

SIMÓN.—(Mostrándole el cable roto.) Exacto. Sólo que no ha sido la Compañía.

ENRIQUE.—¡El cable!

SIMÓN.—¡Roto! Y de postre otro difunto.

ENRIQUE.—¡Yo me voy!

SIMÓN.—Y yo contigo. ¡No toques nada! Hay que avisar a Hilario. (Se dirigen hacia la puerta. SIMÓN acciona el tirador, pero la puerta no cede.) ¿Qué pasa?

ENRIQUE.—Está cerrada con llave.

SIMÓN.—¡Qué raro! Estoy casi seguro de que la dejé abierta. Trae las llaves. Están sobre la mesita.



(Las busca ENRIQUE.)

ENRIQUE.—No.

SIMÓN.—Seguro.

ENRIQUE.—Aquí no están. (SIMÓN busca a su vez para convencerse. No. No están, Una larga mirada.) ¿Qué ocurre?

SIMÓN.—Enrique... no sé por qué, pero me temo que hay alguien que quiere ligar un póker de muertos.

ENRIQUE.—Y tú y yo somos la base de la jugada.

SIMÓN.—La cosa está clarísima. Mientras estábamos en la cocina, alguien entró aquí, dejóse cadaáver en el ropero, cortó el cable, cerró la puerta y se llevó las llaves.

ENRIQUE.—¿Estamos encerrados?

SIMÓN.—Eso parece. Algo no resulta claro. Las protestas de inocencia de Margarita y Brigitte...

ENRIQUE.—¿Pueden ser ciertas?

SIMÓN.—Lo son. Dupont murió envenenado, pero por alguien que quería matarle en realidad. Y el asesino anda cerca.

ENRIQUE.—¿Qué bien!

SIMÓN.—Y por las trazas, somos tú y yo las únicas personas que le molestamos.

ENRIQUE.—¿Y si nos metemos en el ropero?

SIMÓN.—Y así ya le ahorramos tiempo.

ENRIQUE.—Encerrarnos dentro.

SIMÓN.—No. Hay que salir de aquí, cuanto antes y como sea. (ENRIQUE inicia un movimiento.) ¡Quietos, idiotas! El criminal puede estar oculto en cualquier parte, esperando un buen blanco. Acércate al ventanal.

ENRIQUE.—Si no te molesta, que se acerque tu tío el de

Amiens.

SIMÓN.—¿No comprendes? Hay que llamar al portero y a los vecinos.

ENRIQUE.—¡Y gritar socorro!

SIMÓN.—A lo mejor sólo gritas: soco... ¡No! ¡Gritar no! Estáte quieto. Cierra esa puerta. (Señala la derecha.) Y la otra. (La izquierda. ENRIQUE corre a obedecer.)

Atento a la escalera. ¿Se oye algo? (ENRIQUE corre a la puerta de la escalera. Apoya el oído en la hoja. Niega.) Voy a asomarme. Intentaré deslizarme hacia la terraceta de al lado. Una vez que lo haya hecho, encierrate en el ropero y aguarda. ¿De acuerdo?

ENRIQUE.—De acuerdo.

SIMÓN.—Si me cortan el paso, no olvides que te he tenido siempre afecto.

ENRIQUE.—No lo olvido.

SIMÓN.—Y le das a Margarita el tomo de la Guerra de las Galias que te presté.

ENRIQUE.—Descuida.

SIMÓN.—Un abrazo.

(Se abrazan.)

ENRIQUE.—¡Simón!

SIMÓN.—Te juro que es el primer planete de verano que me termina así.

ENRIQUE.—¡Me lo figuro!

SIMÓN.—Bueno. Deséame suerte.

ENRIQUE.—Suerte.

(SIMÓN habla mientras se acerca despacio pegado al foro, hacia el ventanal.)

SIMÓN.—Si se le hubiera ocurrido a mi hermano Bernabé ponerme un telegrama urgente, y lo trajeran ahora...

ENRIQUE.—¡O viniera un técnico a explicarnos el recibo de la luz!

SIMÓN.—¡Qué cerquita estoy ya!

ENRIQUE.—No te olvides que estoy solo y sin subsistencias.

(SIMÓN queda inmóvil.)

SIMÓN.—¡Enrique! ¡Enrique! (Excitado.) ¡El cofín!

ENRIQUE.—¿Lo han matado?

SIMÓN.—(Avanzando hacia el muy excitado.) ¡El cofín



que faltaba. Enrique! Todo casa estupidamente.

¡Ahí está!

ENRIQUE.—¿Quién?

SIMÓN.—La solución. Clarísimo... ¡Oh, Enrique, Dios te bendiga! (*La besa en la frente.*) Sin subsistencias. ¡Cantado, Enrique, cantado! Eso fué lo que Margarita dijo.

ENRIQUE.—¿El qué?

SIMÓN.—«Hoy no encargué pedido. No he encargado nada».

ENRIQUE.—Sí. Lo recuerdo.

SIMÓN.—Y si no encargó pedido, que es lo lógico, puesto que se marchaba de verano y nosotros íbamos a cenar en un restaurante, tampoco encargó leche. ¿Qué diablos pintaba la botella en la puerta?

ENRIQUE.—¡El asesino!

SIMÓN.—Ningún asesino. Simplemente, cogí la botella destinada al piso de al lado. La que el lechero dejó, como de costumbre, entre las dos puertas. Y yo no caí que esta noche no debía haber dos, sino una —la que habra— para los vecinos.

ENRIQUE.—Pero...

SIMÓN.—¡Calla, imbecil! ¡Mira qué talento tengo! Era lógico que yo cogiese la botella, porque, inconscientemente, supuse que era la mía, que los vecinos habrían recogido ya la suya y porque no sabía que Margarita había dicho que no subirían nada.

ENRIQUE.—Digo...

SIMÓN.—Observa qué inteligencia la mía. (*Por el ventanual, desde la terracita de al lado, ha entrado lentamente, Jurio. Lleva una pistola en la mano. SIMÓN no le ve, pero sí ENRIQUE, que se queda rígido y aterrado.*) Punto falso de todo el asunto. Margarita no podía intentar envenenarme. Me sería practicada la autopsia. Se hallaría el veneno. ¡No! ¡Eso es absurdo! ¿A quién envenenarías tú para quedar impune? ¿A una persona sana? ¡No! ¡No! A un enfermo. Administra un veneno especial que no produzca sino un colapso, precisamente a un enfermo del corazón, a alguien... que va a morir de un día a

otro, sentenciado por los médicos. ¿Qué certificarán? Colapso, como estaba previsto. Trajeito de madera. Y a cobrar una herencia.

ENRIQUE.—¡Simón! ¡Simoncel!

SIMÓN.—Y ahí está en el suelo la herencia. Porque me juego la cabeza a que esa vieja es la tía de Noemí, de la verdadera y única asesina.

ENRIQUE.—¡Atiende, orador, que nos escabechan!

SIMÓN.—Como una cadena, una magnífica cadena, ha surgido todo. ¡Estúpido de mí! No hubo pedido: y no podía haber veneno para un hombre sano.

ENRIQUE.—¡Medía: vuelta!

SIMÓN.—Un poco de tiempo y te diré uno a uno todos los puntos de este terrible asunto.

JURIO.—Si tiene alguna duda, consúlteme con entera libertad.

SIMÓN.—(*Muy excitado, sin caer en la cuenta.*) Apaga la radio, Enrique, y atiéndeme.

(*Jurio le apoya el cañón en la espalda a SIMÓN. Sorprendido, alza las manos.*)

JURIO.—No se mueva. Se lo suplico. Y usted alce las manos, si no es molestia, por favor.

(*SIMÓN y ENRIQUE con las manos en alto.*)

SIMÓN.—Lo pide usted con tanta cortesía...

JURIO.—Claro que sí. ¿Para qué malos modos? Contra la pared, amigos míos. (*SIMÓN y ENRIQUE tienen que pegarse contra la pared de espaldas a él. Jurio enciende el cadáver de la vieja al abrir la puerta del ropero.*) Debí pensar que se había escondido aquí. Pero ustedes no me dieron tiempo a buscarla: con más detenimiento.

ENRIQUE.—(*Tremoloroso.*) Tómese ahora todo el que guste.

SIMÓN.—¿Me deja hacerle una pregunta?

JURIO.—Claro, claro. Las que quiera.

SIMÓN.—Usted envenenó la leche en la propia escalera. JURIO.—Blanco.



SIMÓN.—Esperó la subida del lechero, oculto en el piso de arriba. Cuando este depositó la botella y bajó, usted descendió, colocó el veneno, llamó al timbre y desapareció hacia la calle.

JURIO.—Blanco otra vez. Premio para el señor.

SIMÓN.—Y por una desgraciada casualidad yo abrí la puerta segundos antes de que su novia acudiera a la llamada. Y me llevé la botella.

JURIO.—Un puro para el caballero.

ENRIQUE.—¿Te lo enciendo?

SIMÓN.—¿Por qué todo eso?

JURIO.—Porque la vieja no terminaba de morir. Estaba predispuesto a Noemí en contra mía, y si no había boda, yo no disfrutaba de sesenta millones ochocientos veinte mil trescientos doce francos, con sesenta y cinco céntimos. Cada minuto que pasaba era un round que la vieja se apuntaba.

SIMÓN.—Y usted provocó el K. O. técnico.

JURIO.—Uno, en su modestia, lo había preparado todo perfectamente.

SIMÓN.—A nadie extrañaría un colapso.

JURIO.—A nadie.

SIMÓN.—Usted no estaría en la casa cuando ella muriese.

JURIO.—Exacto.

SIMÓN.—Los alimentos que la vieja había ingerido eran normales.

JURIO.—Normales.

SIMÓN.—Pero existía un peligro. Que Noemí bebiese de esa leche. Un peligro que usted había reducido al uno por ciento de probabilidades.

JURIO.—Conectó lo de la dieta, ¿eh?

SIMÓN.—Sí. Dieta para el hígado. Absolutamente prohibidos los huevos, los licores, el chocolate y... la leche.

JURIO.—Elija el caballero.

ENRIQUE.—Elige un autogiro.

SIMÓN.—Por eso cuando entró aquí con su novia y vio la botella de leche, luego cuando descubrió el cadáver de Dupont en la terraza...

JURIO.—Comprendí adonde había ido a parar la cicuta.

Y comprendí que su estupidez lo había estropeado todo.

SIMÓN.—Saltó desde la terracita y se llevó la botella.

JURIO.—Sí.

SIMÓN.—Luego planteó el problema a Noemí.

JURIO.—Claro.

SIMÓN.—Y la vieja lo oyó.

JURIO.—Las viejas lo oyen todo. Ya lo sabe usted.

SIMÓN.—La pobre mujer se fugó de la casa, cruzó a esta por la terraza en demanda de auxilio, precisamente, cuando nosotros estábamos en la Prefectura.

JURIO.—Y entonces...

SIMÓN.—No. No me lo diga, que si no no me divierto.

JURIO.—Como guste.

SIMÓN.—Al advertir su falta, usted le siguió los pasos.

Ella se había metido en el ropero.

JURIO.—Sí. Busqué como un idiota en todas partes, me nos ahí.

SIMÓN.—Nosotros volvimos en ese momento. Usted tuvo que esconderse.

ENRIQUE.—En el ropero, claro.

SIMÓN.—¡Callate!

ENRIQUE.—Chico, lo quieres decir tú todo.

JURIO.—Capón, a contrapejo para el caballero tembloroso. No fue en el ropero.

SIMÓN.—Lo ves como debías callarte.

JURIO.—Fué en el dormitorio.

ENRIQUE.—Como aquí todo lo que sale, sale del ropero. Jurio.—Fué en el dormitorio. Sali mientras se encontraban en la cocina.

SIMÓN.—Y pensó: la vieja está en esa casa. Viva, seguramente. Hablará. En consecuencia, éstos dos cabaleros no deben comunicarse con nadie. Rotura de teléfono y cerrojazo de puerta.

JURIO.—Baje usted los brazos y vuélvase. Se lo ha ganado. Es usted un cerebro de primera clase.

SIMÓN.—Gracias.

JURIO.—Es justicia.

SIMÓN.—Exagera usted.



JURIO.—No, de verdad. Mi enhorabuena.

SIMÓN.—Muy agradecido.

ENRIQUE.—(Aprovechando la extrañamente cordial atmósfera.) ¿Y si nos tomamos unas copas y pellizos a la mar?

JURIO.—Estése quieto. (Señala al ropero.) Ahí la tiene usted, señor Aldebert. Auténticamente muerta de un auténtico colapso al corazón.

SIMÓN.—El miedo.

ENRIQUE.—Sobre ese tema puedo dar una conferencia.

JURIO.—Ahora. Cuando todo se ha complicado lamentablemente. Señor Aldebert, siento mucho tener que comunicarle mis últimos proyectos.

SIMÓN.—(Entusiasmado.) ¿Se los digo yo?

JURIO.—¡A ver si los aciertas!

SIMÓN.—Yo soy el asesino. Envenené a Dupont. Desesperado porque mi amigo me ha descubierto, lo huido de un tiro y me arrojó por el balcón. Usted se lleva a la vieja y dice simplemente que la muerta de un colapso en su camita.

JURIO.—¡Sobresaliente!

ENRIQUE.—¡Sobrecuerno! Simón...

JURIO.—Estése quieto.

SIMÓN.—Venga, Enrique, estáte quieto y no molestes.

JURIO.—Un pero. Sin importancia. No es un tiro. Usted no tiene pistola. Es un golpe en la cabeza. Con una botella de champagne.

ENRIQUE.—(Muy bajito.) ¡Socorro!

SIMÓN.—Y su novia...

JURIO.—Ahora está atada un ratito. Luego... O el silencio y seis millones, o encubridora y seis años. Lo siento, señor Aldebert. Empezamos cuando usted quiera.

SIMÓN.—Sólo tengo una posibilidad. Que mi mujer recuerde que no hizo pedido. Y el pobre Hilario comienza a ver claro.

JURIO.—Dos cosas difficilísimas. (Toma la botella de champagne.) ¿Prefiere usted... o le mato yo mismo?

ENRIQUE.—¿Qué me mate mi amigo?

SIMÓN.—Sin dramas. Enrique. Ha llegado el momento de morir. Se acabó la lucha, se acabaron las colas. Se acabó el Impuesto sobre la Renta. ¡Fuerza! ¡Valor! ENRIQUE.—(Desesperado.) Eso. El pecho fuera. Los dientes dentro... La cabeza en el brazo.

JURIO.—No le molestaria tener un poco de prisa, señor Aldebert. Tengo mucho que hacer. Ahí, en el cervigullo, ni se da cuenta.

SIMÓN.—(Señalando.) ¿Aquí?

JURIO.—Exactamente.

SIMÓN.—¿Más arriba no?

JURIO.—Sin perder tiempo, señor Aldebert. O me encargo yo.

SIMÓN.—De acuerdo. (Le levanta la chaqueta.) Ahuécate la chaqueta, Enrique.

(Alza la botella. Y la puerta del foro se abre para dar paso a CERVELLE, ANDRÉ, MARGARITA y BRIGETTE.)

CERVELLE.—(A Jurio.) Dame el sacapuntas, guapo. André, ponte de paraguas.

(Le arrebató la pistola.)

MARGARITA.—(Abrazándose a Simón.) ¡Simón! ¡Simón de mi vida! ¡Me acordé, Simón, me acordé!

SIMÓN.—El pedido, ¿verdad?

MARGARITA.—¿Qué pedido?

SIMÓN.—El de la tienda y la lechería. Hoy no lo hiciste.

MARGARITA.—Es verdad. ¡Qué tonta! No, no era de eso.

SIMÓN.—(Fasfado.) ¿De qué era entonces?

MARGARITA.—De que cuando se llevaron a Dupont y esta habitación quedó sola un par de minutos. Vi entrar a este gamberro y llevarse la botella de leche.

SIMÓN.—Y no te extrañó, claro.

MARGARITA.—No sé. Pensé que la necesitaría para poner perejil. Como pasaban cosas tan raras...

BRIGETTE.—(A Enrique.) Pero, Enrique... ¿qué te pasa?



ENRIQUE.—(Casi desvaneciéndose.) No me he muerto, ¿verdad?

BRIGETTE.—¡Que yo sepa, no!

ENRIQUE.—¡Menos mal!

(Se abraza a ella. André ha esposado a Julio, sin cesar, como es su costumbre, de leer el periódico.)

SIMÓN.—En el ropero tiene usted otro inquilino, Inspector.

CERVEILLE.—¿Otro?

SIMÓN.—La tía de Noemi.

CERVEILLE.—¡Vaya lío! Duerman un rato. (A SIMÓN.) A las diez en la Prefectura. Y me explica usted todo, a ver si me entero de por qué detengo a este señor.

SIMÓN.—Descuide.

CERVEILLE.—(Confidencial.) Del planete de verano no he dicho ni una palabra.

SIMÓN.—Gracias.

CERVEILLE.—Uno, como, policía, no es nada, pero como caballero...

ANDRÉ.—(De pronto.) ¡Esta sí que es buena, jefe! Mire lo que dice el periódico.

CERVEILLE.—¿Qué dice?

ANDRÉ.—«Se han encontrado los esqueletos de dos niñas enterradas en las cercanías del puente del río Bord. Se cree que pudieran ser dos testigos anulados en el caso Drummond». ¿Y qué dirá usted que enterraron con ellas?

CERVEILLE.—(Hecho cisco.) Un cubo y una pala.

ANDRÉ.—¿Cómo lo sabía?

CERVEILLE.—Porque soy Inspector, precioso. (A SIMÓN.)

A esas se las cargo usted.

SIMÓN.—Puede ser.

CERVEILLE.—Anda, vete delante. Y dí que me preparen un café bien cargado. A ver si me despejo.

(Matis de CERVEILLE, JULIO y ANDRÉ por el foro, dejando la puerta abierta.)

MARGARITA.—Pudiste creer que yo por cobrar ese seguro...

SIMÓN.—¡Mujer!

MARGARITA.—¡Qué tontería! Ya te morirás tú por las buenas, ¿verdad, Brigette?

BRIGETTE.—Es lo que yo le decía al Inspector. (ENRIQUE se deja caer en un sillón.) ¿Pero qué te pasa?

MARGARITA.—¿Qué quieres que les pase? Que impresiona mucho que lo quieran matar a uno. Lo que necesitan ahora es descanso. (Sienta a SIMÓN en el sofá.)

Y cariño, mucho cariño.

SIMÓN.—Gracias, mi vida.

MARGARITA.—Y ni un disgusto, todo cariño y todo miel a nuestro lado, para que olvidéis esta noche terrible.

BRIGETTE.—Que, gracias a Dios ha terminado.

MARGARITA.—Vais a ver qué bien lo pasamos los cuatro. Qué felices vamos a ser y cuánto, fe va a querer tu nenita. (En el foro han aparecido dos mujeres de aspecto desgarrado, vestidas muy "a la ligera". Una de ellas trae al brazo una guitarra.) Ni una emoción ni un disgusto, ¿verdad, cielo mío?

SIMÓN.—Ni uno, mi vida.

(Las mujeres entran en la casa. "Armada, como una dulce apatición" se deja oír dulcemente. MARGARITA arrulla a SIMÓN. Y las dos mujeres van entrando, mientras cae el

TELÓN



# COLECCION TEATRO

## ULTIMOS TITULOS:

- 251.—CIUDADO CON LAS PERSONAS FORMALES, de Alfonso Paso.
- 252.—MARIBEL Y LA EXTRAÑA FAMILIA, de Miguel Mihura.
- 253.—LA CORNADA, de Alfonso Sastre.
- 254.—EL COMPRADOR DE HORAS, de Jacques Deval, versión libre de José María Pemán.
- 255.—(Extra.) TIA MAME, de Jerome Lawrence y Robert E. Lee, versión española de Antonio de Cabo y Conchita Montes.
- 256.—LA GATA SOBRE EL TEJADO DE ZINC, de Tennessee Williams.
- 257.—DOS AMORES, de Paul Nivoix, versión de Adolfo Lozano Borroy.
- 258.—NO HAY NOVEDAD, DOÑA ADELA, de Alfonso Paso.
- 259.—EL ZOO DE CRISTAL, de Tennessee Williams.
- 260.—(Extra.) LA ESFINGE, de Miguel de Unamuno.
- 261.—UN SOMBRERO LLENO DE LLUVIA, de Michael V. Gazzo.
- 262.—ALTA FIDELIDAD, de Edgar Neville.
- 263.—EL AVARO, de Molière, versión de José López Rubio.
- 264.—NUEVOS RETABLOS DE LA CARRETA, de Juan Antonio de Laiglesia.
- 265.—(Extra.) REINAR DESPUES DE MORIR, de Luis Velez de Guevara.
- 266.—EL REY HA MUERTO, de José A. Giménez Arnau.
- 267.—EL PAN DE TODOS, de Alfonso Sastre.
- 268.—COSAS DE PAPA Y MAMA, de Alfonso Paso.
- 269.—ONDINA, de Jean Giraudoux, versión de Fernando Díaz Plaia.
- 270.—(Extra.) EL ESCLAVO DEL DEMONIO, de Antonio Mira de Amescua.
- 271.—COMEDIA PARA ASESINOS, de James Endhard.
- 272.—LAS MANOS SON INOCENTES, José López Rubio.
- 273.—LOS INVITADOS DEL DUQUE, de F. Molnar.
- 274.—EL CANTO DE LA CIGARRA, de Alfonso Paso.
- 275.—(Extra.) EL PASADO QUE VUELVE, de Miguel de Unamuno.
- 276.—LAS BRUJAS DE SALEM, de Arthur Miller.
- 277.—SOTA, CABALLO Y REY, de Alvaro Arauz.
- 278.—LA CIUDAD SIN DIOS, de Joaquín Calvo Sotelo.
- 279.—LAS MUJERES Y YO, de Luis Tejedor.
- 280.—(Extra.) EL BURLADOR DE SEVILLA, de Tirso de Molina.
- 281.—LAS NIÑAS TERRIBLES, de Alfonso Paso.
- 282.—TODAVIA NO, de Sito Alba.
- 283.—LA BODA DE LA CHICA, de Alfonso Paso.
- 284.—LA COQUETA Y DON SIMON, de José María Pemán.



- 285.—(Extra.) LAS MENINAS, de Antonio Buero Vallejo.
- 286.—MUERTE EN EL BARRIO, de Alfonso Sastre.
- 287.—LA VIUDITA NAVIERA, de José María Pemán.
- 288.—TENGO UN MILLON, de Víctor Ruiz Iriarte.
- 289.—DON ARMANDO GRESCA, de Adrián Ortega.
- 290.—(Extra.) RECETA PARA UN CRIMEN Y PREGUNTAN POR JULIO CESAR, de Alfonso Paso.
- 291.—NACIDA AYER, de Garson, versión española de José Górdón.
- 292.—MONTE PERDIDO, de Eduardo M. del Portillo.
- 293.—CARTAS CREDENCIALES, de Joaquín Calvo Sotelo.
- 294.—CUATRO Y ERNESTO, de Alfonso Paso.
- 295.—(Extra.) EL CABALLERO DE OLMEDO, de Lope de Vega.
- 296.—EL AGUILA Y EL GORRION, de Augusto Hauptold-Gay.
- 297.—¿DONDE VAS, TRISTE DE TIP, de Juan Ignacio Luca de Tena.
- 298.—NUESTROS QUERIDOS RETOÑOS, de Manzari y Balart.
- 299.—PASO A NIVEL, de Jaime de Armiñán.
- 300.—(Especial extra.) Homenaje a don Jacinto Benavente: LA NOCHE DEL SABADO, SENORA AMA Y LA MALQUERIDA.
- 301.—USTED PUEDE SER UN ASESINO, de Alfonso Paso.
- 302.—HAY QUE SER FELIZ, de Victor Sylvaime.

UPR-Bibliotecas-RRP/H-UMA  
  
 0 20 5000 40184 7